

DOMINIO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1899

LAS MISIONES CATÓLICAS

SEPTIEMBRE

1899

Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

Se publica el 15 de cada mes

Año VII.—Lunes, 14 Agosto 1899.—N.º 152

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra o sellos.

♦♦ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ♦♦

183



UN CONVENTO GRIEGO EN EL MONTE ATHOS

SUMARIO

Texto.—CAUSA DE BEATIFICACIÓN DE CUARENTA Y NUEVE MÁRTIRES DE LA CHINA, DEL TONKÍN Y DE COCHINCHINA.—RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—LOS FRAILES EN FILIPINAS.—LOS PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL (continuación).—VARIEDADES: Por una flor.

Grabados.—UN CONVENTO GRIEGO EN EL MONTE ATHOS.—JAPÓN: Gran Hotel japonés en Sopporo, capital de la isla del Yeso.—

JAPÓN: Hotel europeo en Sopporo, capital de la isla del Yeso.—JAPÓN: Gran Hotel japonés en Sopporo, capital de la isla del Yeso.—SAN LUIS, REY DE FRANCIA, enfermo de la peste y hecho prisionero de los sarracenos en la séptima cruzada.—El niño bilogo—Escuela de Agricultura en Sapporo, capital de la isla del Yeso.—JAPÓN: Orilla del Toyos-hira en la isla del Yeso.—Ilustraciones de la novela *El Cruzado*.

CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

CAUSA DE BEATIFICACIÓN

DE CUARENTA Y NUEVE MÁRTIRES DE LA CHINA, DEL TONKÍN Y DE COCHINCHINA

El Superior y Directores del Seminario de Misiones Extranjeras, hacía largo tiempo pedían á los fieles orasen por el buen éxito de la causa de beatificación incoada á favor de diez Franciscanos miembros de dicha Sociedad y de cuarenta y dos indígenas pertenecientes á varias Misiones de dicha Sociedad, todos condenados á muerte en odio á la fe católica y todos, excepto tres, muertos á manos del verdugo. Henchidos de santa alegría participamos á nuestros lectores que la sentencia de la Santa Sede ha sido completamente favorable á los cuarenta y nueve Venerables Siervos de Dios que por Jesucristo derramaron su sangre. Los tres que murieron en la prisión antes de ser ejecutados han sido diferidos para posterior Congregación.

El decreto publicado el 2 de Julio por orden del Soberano Pontífice y que á continuación reproducimos contiene los nombres de los cuarenta y nueve Venerables Mártires.

DECRETUM

SINARUM, TUNQUINEN. ET COCHICHINEN.

BEATIFICATIONES seu declarationis martyrii Joannis Gabrielis TAURIN DUFRESSE, episcopi Tabracensis, et vicarii apostolici Sutchuensis, Petri DUMOULIN BORIE, episcopi electi, Francisci Isidori GAGELIN, missionarii apostolici et provicarii generalis Cochinchinen, et sociorum, in odium fidei ab idololatriis interfectorum.

SUPER DUBIO

An constet de martyrio, causa martyrii et signis seu miraculis in casu et ad effectum de quo agitur?

E. Christi latere egressa ac jugi deinceps martyrum cruore purpurata Ecclesia, vel hoc ipso strenue caritatis prodigio divinam sui originem prodit. Quod si, ut scribit Tertullianus, sanguis Martyrum semen est christianorum, licet Ecclesie gloriari semen illud ad hæc usque tempora agro Domini fecundando fuisse effusum uberrime.

Quam vero sit hodie opportunum fortissimorum hominum exempla revocare præsertim recentiora ac nostris pæne oculis subjecta, quisque facile intelliget qui secum reputaverit quam sit inconstans, quam indulgens hæc ætas ex quo cæpit à veræ Fidei obsequio desciscere et circumferri omni vento doctrinæ.

Jam inter nuperrimos Christi athletas numerandi sunt Joannes Gabriel Taurin Dufresse et socii plures, numero ad novem et quadraginta. Quorum nomina hæc sunt:

Augustinus Chapdelaine. Augustinus Tchao. Paulus Lieou, seu Liou, Josephus Yuen, seu Ven. Thad-

DECRETO

PARA la beatificación ó declaración del martirio de Jual Gabriel TAURIN DUFRESSE, obispo de Tabraca y vicario apostólico de Su-tchuen, Pedro DUMOULIN-BORIE, obispo electo, de Francisco Isidoro GAGELIN, misionero apostólico y provicario general de la Cochinchina, y de sus compañeros muertos por los idólatras en odio á la fe.

DUDA

¿Consta de manera cierta el martirio, la causa del martirio y las señales ó milagros en el caso y para el fin de que se trata?

La Iglesia, salida del Corazón de Cristo y vestida desde entonces siempre con el purpúreo traje de la sangre de los Mártires, prueba con este sello de caridad perfecta la divinidad de su origen. Si, como escribe Tertuliano, la sangre de los Mártires es semilla de cristianos, bien puede la Iglesia gloriarse de la prodigalidad con que hasta en los últimos tiempos ha esparcido esta semilla para fecundar el campo del Señor.

Oportuno es, hoy más que nunca, recordar el ejemplo de estos varones heroicos, especialmente de los más recientes, de los que casi fueron contemporáneos nuestros. Para comprenderlo basta recordar las necesidades y miserias de este siglo desde que abandonó la verdadera fe, dejándose guiar por cualquier doctrina.

Entre los últimos atletas de Cristo debemos mencionar á Juan Gabriel Taurin Dufresse y á sus numerosos compañeros, cuyos cuarenta y nueve nombres son como siguen:

Agustín Chapdelaine. Agustín Tchao. Pablo Lieou ó León. José Yuen ó Ven. Tadeo Lieou. Pedro Lieou ó

deus Lieou. Petrus Lieou, seu Ouen Fen. Petrus Ou. Joachim Ho. Laurentius Pe-Man. Agnes Tsao Kouy «In Sinis.»

Petrus Dumoulin Borie. Joannes Carolus Cornay. Augustinus Schoeffler. Petrus Khoa. Vincentius Diem. Petrus Tuy. Jacobus Nam. Josephus Nghi. Paulus Ngan. Martinus Thinh. Paulus Khoan. Petrus Thi. Andreas Dung, seu Lac. Joannes Dat. Lucas Loan. Petrus Tu. Franciscus Xaverius Can. Paulus Mi. Petrus Duong. Petrus Truat. Joannes Baptista Thanh. Petrus Hieu. Antonius Dich. Michael Mi. Martinus Tho. Joannes Baptista Con. Joannes Aloisius Bonnard «In Tunquino.»

Franciscus Isidorus Gagelin. Franciscus Iaccard. Josephus Marchand. Emmanuel Trieu. Philippus Minh. Andreas Trong. Thomas Trong. Thomas Thien. Paulus Doi Buong. Antonius Quinh Nam. Simon Hoa. Mattheus Gam «In Cochinchina.»

Hi per Sinarum et Tunquinum imperium et Cochinchinam causa vel retinendæ Christianæ Fidei à tyrannis per ea loca proscriptæ vel ejusdem provehendæ inter barbaros, veterum exempla æmulati, non dubitarunt atrocissima quæque pati; donec alii ad palum deligati, eliso per funem gutture; alii in crucem acti, obtruncato plerisque capite, testimonium Christo amplissimum reddidere. Neque id soli præstiterunt sacri ordinis viri, quæ laus præcipue pertinet ad Societatem Exterarum Missionum, de religionis incremento usque adhuc tam præclare meritam, sed alii etiam de populo, quos inter ad exemplum enituit adolescentis militis constantia, Andræ Trong, plane digni suæ fortitudine matris quæ imitata Dei-param perdolentem, adstitit filii supplicio, abscessumque illius caput à tyranno repetiit excepitque gremio.

Horum fama martyrii cum longe lateque diffusa esset, rite expensis probationibus, de ipso martyrio ejusque causa et signis LEO XIII SUMMUS PONTIFEX decreto lato decima calendas decembris anno MDCCCXCVII benigne indulxit ut dubium discuti posset in S. R. Congregationis particulari Cætu cum voto etiam Præsum officialium. Hoc igitur conventu decimonono calendas majas hujus anni ad Vaticanas Aedes congregato Rmus. Cardinalis Cajetanus Aloisi Masella Cause Relator dubium proposuit «An constet de martyrio, causa martyrii et signis seu miraculis in casu et ad effectum de quo agitur?» Rmi. Patres Cardinales et Officiales Præsules suffragium singuli prodiderunt. Sanctitas vero Sua audita per Rmum. Cardinalem Camillum Mazzella Episcopum Prænestinum S. R. Congregationi Præfectum relatione sententiam suam patefacere distulit.

Hoc vero die Dominica VI post Pentecosten qui Mariæ Sanctæ Hospitæ festus percolitur, Sacro rite peracto, accivit præfatos Cardinales Camillum Mazzella et Cajetanum Aloisi Masella, cum R. P. Joanne Baptista Lugari Sanctæ Fidei Promotore et me infrascripto Secretario, iisque adstantibus solemniter decreto sancivit: «Constare de martyrio et causa martyrii, signis seu miraculis, in casu et ad effectum de quo agitur quoad quadraginta septem: quoad vero

Ouen Yen. Pedro Ou. Joaquín Ho. Laurencio Pé-Man. Inés Tsao Kouy.—En China.

Pedro-Dumoulin Borie. Juan Carlos Cornay. Agustín Schoeffler. Pedro Khoa. Vicente Diem. Pedro Tuy. Jaime Nam. José Nghi. Pablo Ngan. Martín Thinh. Pablo Khoan. Pedro Thi. Andrés Dung ó Lac. Juan Dat. Lucas Loan. Pedro Tu. Francisco Javier Can. Pablo Mi. Pedro Duong. Pedro Truat. Juan Bautista Thanh. Pedro Hien. Antonio Dich. Miguel Mi. Martín Tho. Juan Bautista Con. Juan Luís Bonnard.—En el Tonkin.

Francisco Isidoro Gagelin. Francisco Jaccard. José Marchand. Manuel Trieu. Felipe Minh. Andrés Trong. Tomás Thieu. Pablo Doi Buong. Antonio Quinh Nam. Simón Hoa. Mateo Gam.—En Cochinchina.

Fortalecidos por el ejemplo de los antiguos Mártires, no dudaron sufrir los más atroces tormentos por conservar la fe cristiana proscrita por los tiranos, ó por predicarla entre los bárbaros en China, Cochinchina y Tonkin. Unos fueron estrangulados, crucificados otros y la mayor parte decapitados: todos rindieron á Cristo admirable testimonio. Podemos citar no sólo los sacerdotes pertenecientes á la Sociedad de Misiones Extranjeras, que tan gloriosamente ha contribuido al progreso de la Religión, sino también á hijos del pueblo. Distínguese, entre otros por su constancia, el joven soldado Andrés Trong, digno hijo de su valiente madre, la cual imitando á María en el Calvario, asistió al suplicio de su hijo, pidió al tirano la cortada cabeza, que se llevó estrechándola contra su corazón.

Extendióse la fama de su martirio, y después de las debidas pruebas, León XIII, Pontífice máximo, se dignó por decreto de 22 Noviembre de 1897 permitir fuese discutida la duda concerniente al martirio, causa y milagros, en reunión particular de la Sagrada Congregación de Ritos, á la cual fueron admitidos á votar los Prelados oficiales.

Esta reunión tuvo lugar en el Vaticano el día 13 de Abril del corriente año, y en ella S. Emma. el Cardenal Cayetano, Luis Masella, ponente de la causa, propuso la duda siguiente: *¿Consta de manera cierta el martirio, la causa del martirio y las señales ó milagros en el caso y para el fin de que se trata?* Los eminentísimos Cardenales y los Prelados oficiales emitieron cada uno su voto. Pero Su Santidad, oído el informe de S. Emma. el cardenal Camilo Mazzella, obispo de Prenesta, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, difirió la emisión de la sentencia.

El día 2 de Julio, sexto domingo después de Pentecostés, fiesta de la Visitación, después de celebrado el Santo Sacrificio, Su Santidad León XIII mandó se presentaran dichos cardenales Camilo Mazzella y Cayetano Luis Masella, acompañados del R. P. Juan Bautista Lugari, promotor de la santa Fe, y yo, secretario abajo firmado, y hallándonos nosotros presentes declaró por decreto solemne que *el hecho y la causa del martirio, las señales ó milagros eran evidentes en el caso*

Ven. Dei Servos Matthæum Gam et Joannem Aloisium Bonnard, licet de signis seu miraculis non constet, quum certo constet de martyrio et causa martyrii, procedi posse ad ulteriora in casu et ad effectum de quo agitur.»

Hoc vero decretum evulgari et in acta S. R. Congregationis referri præcepit sexto nonas julii anno MDCCCXCIX.

C. Ep. Prænестinus Card. MAZZELLA, S. R. C. Pref.

Diomedes PANICI, S. R. C. Secretarius.

y por el efecto que á los cuarenta y siete venerables servidores de Dios se refiere: que por Matías Gan y Juan Luis Bonnard, si bien no constan los signos ó milagros, el hecho y la causa del martirio eran ciertos, se podía proceder á las formalidades ulteriores en el caso y para el efecto de que se trata.

Su Santidad mandó publicara este decreto, y que fuese añadido á las actas de la Sagrada Congregación de Ritos, 6 Julio 1899.

C. ob. de Prenesta, card. MAZZELLA, prefecto de la S. C. R.

Diomedes PANICI, secret. de la S. C. R.

Recuerdos del Catolicismo en el Tonkin

XIII

Martirio de Obispos españoles

EL año 1838 debía ser á la par glorioso y cruel para las Misiones del Tonkin.

Sus jefes, los Obispos españoles y franceses, derramaron su sangre por Dios y por la Iglesia Santa.

El día 17 de Abril, un catequista procedente de las montañas de la provincia septentrional, fué detenido por los infieles en un poblado llamado An-Liem. Era portador de seis cartas dirigidas por el P. José Vien á otros tantos misioneros: cuatro estaban escritas en caracteres europeos, y debían remitirse al Ilmo. Delgado, vicario apostólico del Tonkin Oriental, á su coadjutor el Ilmo. Henares, al P. Fernández, vicario provincial, y al P. Hermosilla, pro-vicario provincial; las dos restantes, escritas en caracteres anamitas, iban dirigidas á dos sacerdotes hijos del país. Las entregaron á Trinh-Quang-Khanh. El mandarín puso en juego toda su astucia y crueldad para hacer declarar al catequista y á su compañero.

Este representó á maravilla su papel.

— Soy pobre, decía, y sirvo á quien me paga, sin preguntarle de dónde viene ni á dónde va: no sé nada, absolutamente nada.

El catequista, menos hábil, pretendiendo quizás serlo más, después de mil y mil rodeos, metióse en inextricable laberinto de afirmaciones y negaciones, que terminó con una mentira.

— Me entregó estas cartas, dijo, un cristiano de Cao-Xa, y yo las llevaba á varias direcciones.

Trinh-Quang-Khanh no creyó esta afirmación, cuya falsedad era evidente, pues cuatro de las cartas iban dirigidas á misioneros europeos. Lo más difícil era descubrir los sacerdotes extranjeros. Creyó debía dar cuenta de estos hechos á Minh-Mang. El rey estaba firmemente convencido de que en la provincia de Nam-Dinh no quedaba un solo predicador del Evangelio. Al oír lo

contrario, apoderóse de él ardiente cólera, mandó degradar á Trinh-Quang-Khanh, nombró un nuevo gobernador encargado de activar la persecución, y puso á sus órdenes 6,000 soldados para asegurar el éxito de la misma.

Desgraciadamente sus pesquisas poco tardaron en ser fructíferas.

El primer proscrito que cayó en sus manos fué el jefe de la Misión española, Ilmo. Ignacio Delgado. Estaba escondido con el Ilmo. Henares, su coadjutor, y con el P. Romualdo Ximenes, en un pueblo llamado Kien-Lao. Descubrió su refugio un profesor pagano excitado por la sed de oro. Tendió asechanzas á la inocencia de un niño, que indiscreto descubrió que los misioneros se refugiaban en los alrededores. El mandarín, para inspirar confianza á los fieles, fingió á sus pesquisas fin muy distinto del verdadero, y mandó publicar que nada debían temer los sacerdotes europeos, pues no serían molestados. El gobernador desvaneció todo recelo, fingiendo abandonar la comarca y dirigirse con sus tropas á lejana expedición: pero poco tiempo había transcurrido, cuando reapareció de súbito entre los sorprendidos y consternados cristianos. Apenas pudieron disponer del tiempo preciso para encerrar el Vicario apostólico en una gran cesta, y trasladarlo cubierto de una estera de juncos al asilo donde confiaba escapar de todas las pesquisas. Igual medio de salvación intentó su coadjutor. El P. Romualdo Ximenes, confiando en su juventud y fuerzas, emprendió la fuga acompañado de un catequista.

Fué tan repentina la aparición de los soldados, que á pesar de la prisa con que procuraron ganar alguno de los escondites, preparados de antemano para peligros urgentes, los que libraban al Ilmo. Ignacio Delgado fueron vistos y perseguidos. Poco les faltaba para caer en manos de los soldados, cuando abandonando la preciosa carga que no podían salvar, se dispersaron huyendo. Así cayó en poder de sus enemigos esta insigne é ilustre víctima de la persecución.

El venerable Prelado compareció ante los jueces, que le preguntaron su nombre, edad y patria, el número de sacerdotes europeos é indígenas, los medios que facilitaron su entrada en el Tonkin, los lugares donde se había refugiado. Contestó con sinceridad las preguntas

referentes á su persona, á las demás guardó silencio. Dice así el decreto que le condenó á muerte:

«Por las ventajas que reporta el castigo de las faltas, y para aplicar uno ejemplar que desengañe é intimide al pueblo, mandamos que el obispo Ignacio Danh-Trum-Cu, aquí presente, sea decapitado, y su cabeza expuesta en la plaza pública. Que todo el mundo conozca este juicio, para que de esta manera se agote la corriente de la precitada iniquidad (1).»

Durante el juicio y condenación del Ilmo. Delgado, su digno y anciano coadjutor cayó en manos de los enemigos de la fe.

Cuando fué hecho prisionero el Obispo, dicho coadjutor Ilmo. Henares permaneció un día escondido en la casa de un cristiano.

Al extender la noche sus sombras negras, refugiado

por sigilo, sino también ayudarles á salvar al proscrito de las pesquisas de sus perseguidores.

Los cristianos cayeron en el bien tendido lazo y llamaron á los marineros. Estos, cansados de luchar contra las olas y contra el viento, acercáronse gustosos á la playa.

Acababa de saltar de la nave el coadjutor, cuando ya el hipócrita pagano corría acelerado á avisar al mandarín. Al frente de quinientos hombres y sin pérdida de momento dirigióse éste á la costa, y aprisionó al Ilmo. Henares y á su catequista Francisco Chien. Algunos días después el P. José Fernández, vicario provincial, que creyó salvarse refugiándose en el vicariato occidental, fué hecho prisionero.

Los tres Dominicos tuvieron la felicidad de reunirse



JAPÓN.—Gran Hotel japonés en Sopporo, capital de la isla del Yeso. (Pág. 184)

en pequeña embarcación dirigióse á la opuesta orilla buscando refugio: el miedo se había enseñoreado del corazón de los fieles, y casi nadie tenía valor para abrir al proscrito las puertas de su casa. Pasados dos días, embarcó de nuevo y fué á buscar refugio entre pescadores. Pero las orillas del mar estaban vigiladas y sufrían iguales registros que los pueblos del interior, y el perseguido Padre se vió precisado á correr los peligros de nueva navegación.

Alejábase la frágil nave de la playa, cuando un infiel que atentamente observaba á los remeros creyó adivinar señales de inquietud, y hubo de suponer acompañaban á un misionero. Para asegurarse de la veracidad de su sospecha, trabó conversación con unos pescadores cristianos que con él trabajaban en la orilla, y mostrando viva inquietud por el peligro que corría la barca, les suplicó quisieran acoger al sacerdote que indudablemente en ella se escondía. No sólo prometió el ma-

cargados de grillos y cadenas, prisioneros por su Dios, en las cárceles de Nam-Dinh.

Todos los días les permitían pasar dos horas juntos.

«¡Qué alegría para estos confesores ilustres, exclama el Ilmo. Retort, reunirse en la arena de los mártires, próximos á sostener el último combate! Admiración causaban á los mandarines, quienes nunca les oyeron lamentarse de que en este mundo su única esperanza era las penalidades de oscuros calabozos, la vergüenza del último suplicio: al contrario, repetidas veces los veían conversando juntos, risueños, felices como invitados á espléndido festín. ¡Ah! si conocieran los infieles las gracias y dulzuras inefables que Dios complace en derramar en las almas que le aman, cesara su admiración, y repitiendo las palabras del Profeta Rey, exclamaran: «¡Cuán bueno es el Dios de Israel para los que le temen!»

Tres días después, el 25 de Junio, á las nueve de la mañana, el Ilmo. Henares marchaba alegre al suplicio por las calles populosas de Nam-Dinh, y á las once vo-

(1) *Misiones Dominicanas*, t. II, p. 49.

laba á terminar en el cielo, á la edad de ochenta y un años, los apostólicos trabajos que durante cuarenta y nueve realizó en el Tonkín.

El catequista Francisco Chien acompañó á su maestro en la muerte y en la gloria, siendo decapitado al mismo tiempo que aquél.

El Ilmo. Delgado continuaba preso; viejo ya y atormentado por tan largo cautiverio, su salud desmejoraba visiblemente. Graves ataques de vómito y disentería obligáronle á guardar cama el día 11 de Julio. El oficial encargado de su guarda pidió á los mandarines superiores aliviaran temporalmente la condena del ilustrado prisionero: negáronse á ello, y el 12 de Julio, entre cuatro y cinco de la mañana, espiró el Siervo de Dios sin consuelos ni socorros humanos, pero henchido de celeste felicidad, predicando y confesando á Cristo hasta su postrer instante.

Misionero del Tonkín desde el año 1790, murió á los cuarenta años de apostolado, y ochenta y cuatro de edad. El 11 de Febrero de 1794 fué nombrado por breve de Pío VI obispo de Mellipotamie, siendo consagrado el 20 de Septiembre de 1795, y gobernando su diócesis cuarenta y cinco años. Como el apóstol San Pablo podía decir: «Combatido he con valor; he concluido la carrera, he guardado la fe. Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel día como justo juez.»

El P. Fernández esperaba en la prisión el cumplimiento de la sentencia que le condenaba á ser decapitado. El día 24 de Julio compareció por última vez ante el Gobernador. A cuantas cuestiones le propuso contestó diciendo que su mayor felicidad era sellar con su sangre su profesión de fe. En vano el juez le ofreció el perdón y medios para regresar á Europa, á cambio de que pisoteara la cruz; el misionero declaró estar pronto á morir por el Dios que le proponían ultrajar.

Contestando de esta manera sólo podía esperar el martirio, que poco tardaron en concederle, acabando con este acto de amor heroico sus treinta y tres años de apostolado.

«Herid, herid siempre, exclama un santo Doctor; la Iglesia tiene la particularidad de que cuando es perseguida renace, si oprimida crece, cuando despreciada preséntase invencible, cuando herida conserva su plétora de vida, si calumniada resplandece más pura. Nunca es tan fuerte como cuando parece derribada, vencida.»

XIV

Martirio de un Obispo francés

Dos Obispos acababa de perder la grande y desgraciada Iglesia del Tonkín, y á ella le quedaba como único Pastor el Ilmo. Dumoulin-Borie, cuya frente no había aún humedecido el óleo santo: su muerte no se haría esperar.

Nacido en las montañas de la Correze, pasa infancia y juventud rodeado de los más solícitos cuidados; abandona luego patria, familia, fortuna, y marcha á lejana tierra á predicar el Evangelio santo, á conquistar almas para el cielo, á desafiar el odio y la persecución:

los más hermosos años de su existencia los pasa huyendo de uno á otro asilo: es por fin aprisionado, recibe en la cárcel el nombramiento y poderes episcopales, y muere proclamando entre tormentos la gloria y omnipotencia de Dios: esta á grandes rasgos es la historia de la vida de Pedro Dumoulin.

Una noche del mes de Septiembre del 1838 fué hecho prisionero por los soldados del tirano Ming-Mang.

Estaba escondido en las dunas que rodean el Océano en la provincia de Bo-Chinh. Oyó que se acercaba la soldadesca, y juzgando inútil permanecer en el escondite, retira la arena que cerraba la entrada, sale al encuentro de la tropa saludándoles con las palabras del Rey de los Mártires: «¿A quién buscáis?» Al ver entre sombras densas aquel hombre de alto talle que surgía de la tierra cual fantasma gigantesca, los perseguidores se detienen sorprendidos. Pero viendo que Borie permanecía quieto, cobran ánimo y le mandan sentarse como prueba de sumisión.

Sentóse el apóstol, empezando por la obediencia el supremo sacrificio.

Halló en la prisión á dos sacerdotes anamitas, los PP. Diem y Khoa, á quienes animó y fortaleció con su palabra y su ejemplo, contestando con valentía á las capciosas preguntas de los jueces, durante los múltiples tormentos á que le sometieron.

El 24 de Noviembre, tomaban los prisioneros frugal desayuno en santa paz y alegría, cuando les anunciaron que su sentencia había sido ratificada y que se les condenaba á ser decapitados.

Un mandarín leyó la sentencia al Obispo: éste oyó silencioso la lectura del real decreto, terminada la cual levantóse gravemente y dijo:

—Desde mi niñez jamás doblé la rodilla ante nadie; sin embargo, tan incomparable es el favor que el gran mandarín me ha dispensado, que en prueba de mi agradecimiento vedme postrado á vuestros piés.

Y se arrodilló. Conmovido el mandarín hasta derramar lágrimas al ver tanta grandeza de ánimo, balbució algunas palabras rehusando el homenaje.

Acto seguido se dirigieron al lugar donde debía cumplirse la sentencia. El Ilmo. Borie marchaba el primero con ligero paso, un grillete al cuello y el rosario en la mano.

Un mandarín que siempre se había distinguido por su odio á los cristianos, halló el cortejo, y dirigiéndose al intrépido confesor de Cristo, le preguntó si entonces temía la muerte.

—¿Por qué he de temerla, contestó el mártir, si no soy rebelde ni ladrón? yo sólo temo á Dios. Hoy llegará para mí la hora postrera, que mañana llegará para otro.

—¡Insolente! gritó el oficial lanzando una imprecación: que le apaleen.

Los soldados desobedeciendo la orden permanecieron quietos en las filas: pero el mártir, por delicadeza de corazón ó de conciencia, suplicó dijeran al que le insultaba, que le pedía perdón de cuanto en su respuesta había podido ofenderle.

El suplicio fué largo y terrible. El verdugo apreciaba muy de veras al prisionero, y sintiendo le faltaría valor para ejecutar su triste é inexcusable cometido, embriagóse, y en este estado con mano incierta descar-

gó en falso repetidos golpes. El primero cortó la oreja, bajando hasta la mandíbula inferior; el segundo arrancó la carne de la parte superior de las espaldas: mejor dirigido fué el tercero, pero tampoco cortó la cabeza, para lograr lo cual fueron precisos siete golpes.

*Quot plagis laniatur
Caelo tot radiis niter.*

Sí, cada herida causada por el homicida acero, es un rayo de luz que adorna la celestial corona que por toda la eternidad brillará en la frente del santo misionero.

Los cuerpos de las víctimas fueron enterrados en el lugar de la ejecución: un año después se los trasladó á varias devotas parroquias que deseaban poseerlos (1).

XV

Martirios en 1839 y 1840

Notables son los años 1839 y 1840 por los numerosos fieles que murieron por su fe, particularmente en el Tonkín Oriental. Imposible relatar todas las escenas sangrientas, en las cuales vióse al amor divino triunfante de la flaqueza humana: me contentaré citando los nombres de algunos de estos santos confesores: los dominicos PP. Tuoc, Tomás Du, Domingo Doan; los cristianos Javier Man, Domingo Uy, Tomás De, Agustín Moi, Esteban Vink; el soldado Domingo Han; los Padres José Hien y Domingo Drach.

Honran al Tonkín Occidental los mártires PP. Pedro Thi, Andrés Dung, Lucas Loan, Pedro Khoan, Juan Bautista Than y Pedro Hien. No quiero pasar en silencio las conmovedoras circunstancias de la prisión y muerte de tres sacerdotes y dos fieles, llamados Padres José Nghi, Pablo Ngan, Martín Thinh, y los cristianos Martín Tho y Juan Bautista Con.

Fueron hechos prisioneros el 30 de Mayo de 1840. A las tres y media de la madrugada del día anterior, Trinh-Quang-Khanh, nombrado gobernador de Nam-Dinh, al frente de mil soldados y tres elefantes sitió Ke-Bang, lugar donde le dijeron se escondían los sacerdotes católicos.

Al nacer el sol resonó por los aires la trompeta del mandarín que mandaba comparecieran ante el gobernador todos los hombres de Ke-Bang.

Cuando se hubieron reunido llamó á cada uno por su nombre, y luego Trinh-Quang-Khanh les hizo atar y custodiarlos por parte de sus tropas, en tanto que dos oficiales al frente de diez hombres recorrían la población y entraban en las casas registrándolas. Un día emplearon en sus pesquisas sin lograr el menor resultado.

Creyóse el gobernador engañado, y se disponía á abandonar la plaza cuando el denunciador le retuvo diciendo:

—Esperad, mandarín; permaneced tres días en esta población, y cortadme la cabeza si no encontráis sacerdotes europeos ó anamitas.

A las primeras horas de la siguiente mañana se con-

tinuaron las pesquisas, que poco tardaron en verse coronadas por triste éxito.

Momentos después de empezadas aquéllas, fué descubierto el P. Nghi escondido entre doble pared en casa de piadosa cristiana.

—¿Eres sacerdote? le preguntó el capitán.

—Sí, contestó el proscrito, y aquí me tienes dispuesto á sufrir la pena que me impongan los mandarines ó el rey. Sólo os pido que respetéis esta casa.

Y esto diciendo entregó una barra de plata al oficial, que permitió que la señora fuese á reunirse con las demás mujeres del pueblo.

Alentado por la primera captura, el mandarín ordenó redoblar las pesquisas.

Entran los soldados á la casa de Martín Tho, ebanista, registran bajo las camas, derriban tabiques, y descubren y aprisionan al P. Ngan.

Falta sólo el P. Martín Thinh, que se hospeda en la casa del cristiano Juan Bautista Con. Asaz enfermo para huir y refugiarse en los escondites preparados por los fieles, confía su suerte á la Providencia divina, y permanece tendido en lecho colocado en la parte central de la casa.

Le asiste la H. Thanh, Religiosa Amante de la cruz, á quien el Padre dice:

—Si os preguntan quién soy, contestad lo que queráis; yo guardaré silencio, pues temo que descubriendo mi dignidad sacerdotal cause grave daño al pueblo que me alberga.

Y sin mentir, pero hablando el lenguaje de la Religión, ininteligible á los paganos, la H. Thanh contestaba á los soldados que le preguntaban quién era el enfermo:

—Es mi Padre.

Difícil era sospechar de un enfermo anciano de ochenta años, y continuaban los soldados sus idas y venidas sin preocuparse de él.

Tres días hacía se hallaba Quang-Khanh en el pueblo, cuando ocurriósele á un militar encender en dicho cuarto un cigarro, y al ver al enfermo hubo de sospechar, y le preguntó:

—Anciano, eres sacerdote.

El P. Thinh contesta sin inmutarse:

—Sí, lo soy.

A pesar de esta afirmación, duda el soldado, y llama al gobernador, que presuroso acude al aposento del enfermo.

—Pisotea la cruz, grita.

—Jamás, contesta el confesor.

—¿Eres sacerdote?

—Sí, soy sacerdote, y ello es mi mayor felicidad.

Apenas dichas estas palabras, fué el anciano cogido y cargado de cadenas.

Su huésped Juan Bautista Con y Martín Tho, huéspedes del P. Ngan, fueron también aprisionados, y contento con su presa regresó el mandarín á Nam-Dinh.

El día 3 de Julio sufrieron el primer interrogatorio. Quang-Khanh tomó la palabra preguntando:

—¿Queréis apostatar?

—Mandarín, contestó el P. Nghi, apostatar sería un crimen, y no queremos cometerlo.

(1) En el Museo de la Obra de la Propagación de la Fe (rue Sala, 12, Lyon) puede verse un retazo de la estola del venerable Dumoulin-Borie.

—¿Cuántos europeos residen en esta tierra?

—Hace pocos años vivía uno llamado Cao (Ilmo. Borie), pero nos dijeron que el rey decretó su muerte.

—¿Conocéis al europeo Vaong (Ilmo. Hermosilla)?

—No le conocemos: ni jamás tuvimos con él relación alguna.

—Si os negáis á descubrirme su retiro, os mandaré torturar, y veremos si las tenazas candentes os arrancan la verdad.

En apoyo de sus amenazas un herrero avivó la fragua y preparó las tenazas.

—Hemos declarado cuanto sabemos, contestó el Padre Nghi: podéis quemarnos uno tras otro todos los miembros, pero no por ello sabremos más de lo que sabemos.

—Que se les abandone en el patio, expuestos á los rayos del sol.

Cumplida la orden, poco tardaron los prisioneros, expuestos á los rigores de asfixiante calor, á sufrir los tormentos de abrasadora sed: nadie les ofrecía un vaso de agua, y al pedirla sólo les contestaban con injurias.

El día 6 de Julio fueron sometidos á nuevo interrogatorio.

—La apostasia ó la muerte, gritó Quang-Khanh.

—Prontos estamos á morir, contestó el P. Nghi, pues es mil veces preferible derramar la sangre toda de nuestras venas, que blasfemar de nuestro Dios.

El mandarín mandó les propinaran cuarenta palos.

Pero los golpes fueron tan inútiles como las amenazas.

A las apremiantes instancias del magistrado, el misionero contestaba con entereza no desprovista de buen humor.

—Gran mandarín, si nos devolvéis la libertad os quedaremos agradecidos: si decretáis nuestra muerte poco importa: sobre las tumbas veréis crecer plantas y flores; pero nunca pisotaremos la cruz.

Otra vez fueron expuestos á los rigores del sol, cuyos rayos quemaban sus ensangrentados cuerpos.

El P. Ngan fué duramente apaleado: se compadecieron del P. Thinh á causa de su avanzada edad y delicada salud; pero los verdugos vengáronse de esta desusada piedad tratando con bárbaro rigor á los dos cristianos: se valieron de un medio al cual apelaban rara vez: en la planta de los piés de los confesores ataron crucifijos, creyendo que obligados á andar sobre la santa Imagen no protestarían, y este acto podría ser tenido como apostasia: el valor de los fieles desvaneció sus cálculos.

—Gran mandarín, dijo Juan Bautista, nuestra fe vive en el corazón: si contra nuestra voluntad nos obligas á pisotear la cruz, no seremos culpables.

Y en alta voz invocó los nombres de Jesús y María.

En nuevo interrogatorio la rabia inspiró al juez un pensamiento, de los que varias veces hace germinar la caridad en el corazón de los Santos: mandó á los cristianos lamer en la sala del pretorio las llagas de los tres misioneros.

Los mártires se apresuraron á cumplirlo, y postrados ante los ministros del Señor, aplican sus labios sobre la sangrienta carne.

—Dulce es esta sangre, dijo al levantarse Juan Bautista.

Quang-Khanh comprendió la hermosura de este acto conmovedor, pero en vez de conmoverse dijo irritado al mandarín de justicia:

—Ved cómo veneran á sus sacerdotes, y decid si estas gentes no están hechizadas.

Los magistrados se vengaron exponiendo á Martín Tho á los rayos ardientes del sol: lo arrojaron después á una fosa llena de inmundicia, donde estuvo siete u ocho horas hundido hasta los hombros.

Lo sacaron al caer la tarde, y encadenado lo dejaron en la puerta de la prisión, donde permaneció tres días y tres noches sin comer ni beber.

Uno de sus hijos, Thuyen, pudo visitarle, y lo encontró perdido el conocimiento, cerrados los ojos y los dientes, y la cara de pálido cadavérico color. Procuró hacerle tragar algunas gotas de agua, y después de largos esfuerzos el moribundo volvió á la vida y tomó ligero alimento.

La debilidad del cuerpo no se apoderó del alma, siempre firme, inquebrantable en su heroica profesión de fe. Fué á visitarle alguno de sus hijos, y le dijo:

—Dios ha resuelto que no vuelva entre vosotros: os dejo la madre: obedecedla siempre: los mayores que cuiden de los pequeños, y que los jóvenes respeten y obedezcan á los ancianos. Trabajad con ahinco para sustentar á vuestra madre, y sed constantes en el rezo cotidiano de las oraciones de mañana y tarde, y del santo Rosario. A todos envía Dios su cruz, recibidla y acostumbraos á sufrir por la fiel observancia de la Religión.

El día 8 de Noviembre de 1840 llamó el juez á los intrépidos confesores, y por última vez les propuso la apostasia.

—¿Lo habéis pensado bien? les dijo; una vez más os pregunto: ¿queréis apostatar, sí ó no?

Todos contestaron:

—No y mil veces no; preferimos morir antes que cometer el crimen que nos proponéis.

—Bien está, dijo el mandarín, pues que os empeñáis voy á enviaros al cielo. ¡Soldados! llevadlos al suplicio.

Sacados fuera de la ciudad los cinco confesores, perdieron alegres su vida por Cristo, cuya causa habían noblemente defendido.

LOS FRAILES EN FILIPINAS

(Continuación)

EFFECTIVAMENTE, con mano fuerte se opusieron á los infames proyectos de los masones separatistas tagalos, protegidos por los masones de Madrid; pero no les ha valido, y en esta lucha titánica, cuyo resultado teníamos previsto cuantos estábamos en el secreto, los frailes han sido vencidos por la Masonería, y con ellos han sido vencidos también la Iglesia católica y España.

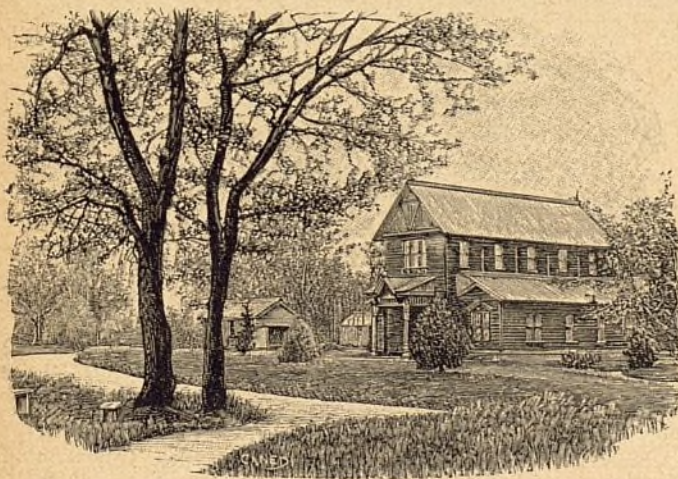
Hemos perdido para siempre el Archipiélago filipino, y la salida del fraile español de aquellas islas coincide con la entrada de la libertad religiosa. La Masonería



JAPÓN.—Hotel europeo en Sopporo, capital de la isla del Yeso. (Pág. 184)

peninsular y katipunésca, y con ellas el Liberalismo, han triunfado en toda la línea. La bandera española, mantenida enhiesta durante tres siglos por el fraile en aquellos mares, ha sido arriada por el masón en tres años, con regocijo grande de Lucifer y de las sectas liberales del orbe entero. Por eso *El Centro*, semanario carlista y por ende católico á machamartillo, y enemi-

nado de todos los poderosos de la tierra. El P. Mariano Gil nació en Carrión de los Condes el día 2 de Julio de 1849, de familia profundamente cristiana y modesta, beneficios ambos que son favores especialísimos de la Providencia divina. A la piedad de sus padres y deudos, y á las ideas genuinamente españolas arraigadas en su familia debe, después de Dios, su vocación religiosa; y á la posición modesta de su casa el no haber corrido nunca los riesgos inherentes, tanto á la pobreza

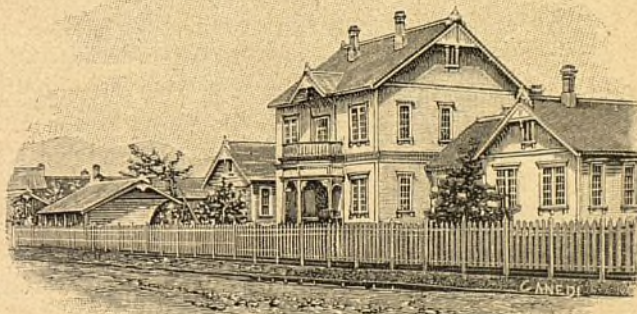


Museo de historia natural en Sopporo

go declarado de las sectas y del Liberalismo, honra hoy su primera plana con el retrato de un fraile, descubridor y martillo del *Katipunan*.

EL P. MARIANO GIL

Basta verle para adivinar en él todo un carácter, pero carácter de acero, de los que se quiebran pero no se doblan: verdad es que energía férrea se necesitaba para luchar meses y años enteros con la perfidia masónica, y destruir sus secretos y criminales propósitos hasta donde le ha sido posible, á un pobre fraile abando-



Hospital de Sopporo

como á la opulencia. Los que para subsistir vense precisados á mendigar, alternando con lo más perdido de las clases bajas, corren peligro inminente de rebajarse también y hasta de perderse; de la misma manera que los abundantes recursos, precisos para la vida del lujo y de los placeres, suelen ser frecuente causa de grandes desventuras morales y de la perdición de muchas almas. El P. Mariano, tan distante de la pobreza como de la opulencia, pudo satisfacer sus anhelos religiosos, ingresando en el Seminario Conciliar de León, en donde cursó con aprovechamiento grande Latín, Filosofía y las demás asignaturas de la segunda enseñanza ó del

bachillerato. Enamorado de la perfección evangélica, é impulsado por la caridad, que le hacía soñar no pocas veces con la evangelización de los salvajes, no quiso ser sacerdote secular, y tomó el hábito de agustino para las Misiones de Filipinas el año 1867, profesando al siguiente 1868. Terminada su carrera eclesiástica, embarcó para Filipinas el año 1873, siendo al poco tiempo nombrado por sus superiores para administrar algunas parroquias de las que componen la provincia agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús, desempeñando sucesivamente la cura de almas en Norzagaray, San Antonio, Pulilán y Rigas, en las provincias de Nueva Ecija y Bulacán, tan á satisfacción de la Orden, que en premio de su celo y servicios fué nombrado cura de Tondo, barrio de 60,000 almas próximo á Manila, y la más importante parroquia del Archipiélago. Empezó allí enérgica cruzada contra los enemigos de la Religión y de la patria, ó sea los masones y filibusteros, empleando para ello el púlpito y los diálogos escritos por él en tagalo: sentimos no poder hacer una lista de los títulos de estos interesantes diálogos de propaganda popular. Sus desvelos, sus sacrificios, incluso los pecuniarios, y los muchísimos disgustos que le acarreó esta cruzada, los vió el P. Mariano recompensados con el descubrimiento de una vastísima conspiración, que en tagalo lleva el nombre de *Katipunán*, cuyo fin inicuo era el degüello de todos los españoles, y la total separación de aquellas islas de la madre patria. Gracias al P. Mariano no se perpetró lo primero, aunque gracias á la Masonería insular y peninsular, hayan logrado lo segundo.

Este descubrimiento tuvo lugar en la imprenta del *Diario de Manila*, el día 19 de Agosto de 1896. Iniciado en parte de lo que se tramaba por un feligrés tagalo, al que le remordía la conciencia de no delatar á sus hermanos que se disponían á degollar á todos los españoles, aprovechando para ello la ausencia del general Blanco, el P. Mariano Gil, armado del valor y de la serenidad que, para estos casos, surgen de la tranquilidad de la conciencia y de la convicción de cumplir con un sagrado deber, se presentó solo en la imprenta á las ocho de la noche, enteró al dueño y director de lo que se tramaba, quien lo oyó estupefacto; procedieron juntos al registro de las oficinas y talleres, y dieron al fin con la piedra litográfica en la que se tiraban los recibos para la recaudación de fondos del *Katipunán*, en tagalo y en cifra; sacaron inmediatamente una prueba; encontraron también otros objetos é indicios graves; de todo se levantó acta notarial, que hemos leído, dieron parte á la Veterana; ya no tuvieron más remedio que intervenir las Autoridades, y se incoó al efecto la correspondiente causa.

Parecía natural que diésemos aquí á nuestros lectores cuenta detallada de la índole, Reglamento, propósitos y operaciones del *Katipunán* filipino; pero como en su día la prensa habló largamente de esta Sociedad masónico-carbonaria, y como esto haría interminable nuestro artículo, alejándonos á la vez del intento que ha puesto hoy la pluma en nuestra mano, nos limitamos á decir que hemos visto una especie de esquema ó plano del *Katipunán* dicho, donde constan dibujados simbólicamente el Supremo Consejo, los dos Centros interme-

diarios y las logias inferiores, con indicaciones lineales acerca de la manera de funcionar y de entenderse; una fotografía del mandil usado por los asociados, y un cuchillito propiedad de una de las logias. El mandil es de tela blanca, con orla negra, y tiene en el centro una cabeza, separada del tronco y chorreando sangre, suspendida de los cabellos por una mano y amenazada por el puñal que contra ella esgrime un brazo. Al parecer dicha cabeza es de un español ó *castila*, como ellos dicen, y todo está bordado sobre el mandil blanco con seda negra. Conquistaban á los afiliados, primeramente con pretextos vagos y benéficos; luego asegurándoles que se trataba de socorrer y libertad á una hija (Filipinas) abandonada por su madre; descubriéndoles después el verdadero objeto del *Katipunán*; y obligándoles, por último, á firmar el pacto con pluma mojada en su propia sangre, para extraer la cual se les hacía en la muñeca derecha una pequeña incisión con el nombrado cuchillito.

Pero volvamos al P. Mariano Gil, nuestro biografiado á grandes rasgos. No terminaron con esto los trabajos y pesquisas del P. Mariano. Continuó descubriendo tramas infames y horribles, adquirió objetos y pruebas convincentes, y el día 24 de Febrero de 1897 puso en conocimiento de las Autoridades el levantamiento de los carabineros, que, por fin, estalló al siguiente día á las dos menos cuarto de la tarde. El 24 de Marzo de 1898 anunció igualmente á distintos amigos suyos, no haciéndolo á las Autoridades por temor de no ser creído, la intentona de la calle de Camba (Binondo), que asimismo estalló al día siguiente, á las ocho de la mañana.

El Domingo de Ramos, terminados en la iglesia parroquial de Tondo los oficios propios del día, y no pudiendo continuar al frente de tan importante parroquia, pues por todas partes y á todas horas veíase cercado de inminentes peligros de muerte, se retiró al convento de San Agustín, en donde de acuerdo con sus superiores hizo formal renuncia del curato de Tondo. En 24 de Agosto, tomando al efecto muchas precauciones y custodiado por verdaderos amigos, pudo al fin salir de Manila embarcándose para Europa.

Tan eminentes servicios prestados á la Religión y á la patria por el heroico cura de Tondo, en un país en el que por haber perdido nuestro imperio colonial se han otorgado á granel más de cien mil recompensas, no han merecido ni siquiera un oficio de gracias, ni al Gobierno de Madrid ni al Secretario de Estado, Sr. Cardenal Rampolla, olvido que le honra tanto ó más que sus apostólicos trabajos, y que indudablemente recompensará el divino Juez, para quien no hay desdenes ni componendas que valgan, con la corona inmortal de la gloria. En cambio, sus superiores se han portado como buenos, y el P. Mariano Gil desempeña el importante cargo de Definidor, y está condecorado además con los honores y privilegios de exprovincial de la Orden Agustiniense, concedidos por su general en premio y recompensa de sus muchísimos sinsabores y trabajos. No pudiendo nosotros, dentro de nuestra pequeñez, recompensarle de otra manera, acepte estas líneas, dictadas por el corazón, y reciba este homenaje de gratitud que con entusiasmo le tributamos como católicos y como es-

pañoles, timbres ambos que ostentamos con santo orgullo y que ennoblecen el escudo carlista.

Una carta de Morayta

Para concluir, y puesto que la Providencia ha querido que caiga en nuestras manos copia fiel de una carta que el gran maestro de la Masonería peninsular y V. H. D. Miguel Morayta, catedrático de la Central, dirigió al filipino autor del Reglamento del *Katipunán*, que ha dado al traste con nuestro dominio en el Archipiélago filipino, la copiamos á continuación literalmente, dejando los comentarios para el curioso, que sepa leer entre líneas, y quiera hacerlos. Dice así:

«Querido Marcelo: Por si no le veo mañana, le escribo para recordarle que escriba á los amigos de Filipinas, diciéndoles con toda la necesaria energía, que las cosas han llegado al punto de sernos indispensable su concurso, y que la Asociación ha tomado tal importancia, que, si la suerte nos favorece un poco, formaríamos un núcleo de opinión invencible.

«Yo no me atrevo á creer que haya filipinos pesimistas. ¿Qué pueden ganar retrayéndose al rincón de su casa? Después de todo, conviene no olvidar que los pueblos, como los hombres, se redimen por sí mismos y á fuerza de sacrificios. Cuba y Puerto-Rico, antes de ser reconocidas como provincias por haberse llevado allí la vida moderna impuesta en leyes liberales, gastaron millones en periódicos, propaganda y Asociaciones para abolir la esclavitud y las mil zarandajas innecesarias, y para abrir las puertas de las casas de los hombres públicos de primera nota. ¿Qué ha hecho Filipinas para redimirse? ¿Qué pruebas de vitalidad ha dado? ¿Qué periódicos paga? ¿Qué Asociaciones sostiene?

«Imposible parece que oigan á Filipinas como la oyen, sólo por el ruido que hemos hecho dos docenas de estudiantes, usted y yo.

«Si los amigos que con nosotros simpatizan no ayudan, todo se perderá. Digámosles que su auxilio es indispensable á la Asociación.

«Hemos ofrecido procesar á Weyler: para ello sólo necesitamos noticias, fundadas ó no, probadas ó sin pruebas, y no nos han escrito una palabra, que yo sepa. En la causa que me han formado, nos serán indispensables datos. *La Solidaridad* debe tirar algunos miles de ejemplares para repartirse por todas partes. Diga usted á los filipinos que fomenten la subscripción para así poderlo hacer. Somételes el proyecto de un periódico diario, no olvidando mi consejo; fundar un periódico es cosa grave y arriesgada, porque exige muchísimo dinero. Envíeles lo que dicen los diarios de ésta; refiérales lo mucho que hoy se habla de Filipinas hasta hace poco olvidadas en absoluto. Si *La Solidaridad* y la Asociación contaran con algunos medios de propaganda y con muchas, muchas noticias de ésa, ¡qué campaña, qué campaña podríamos hacer! Debíamos constituir un centro para mandar artículos á los periódicos y tirar hojas sueltas volantes, y en fin, hacer mucho que podíamos hacer. Y estamos en la situación de ahora ó nunca. Si pasa el calor de hoy y llegan los liberales sin hallarnos en la brecha, la representación en Cortes es cosa perdida.

«Usted con su talento ampliará estas observaciones tantas veces desarrolladas en nuestros coloquios.

«De usted afectísimo,

MORAYTA.

«20 de Marzo de 1890.»

La carta original de que ésta es copia, obra unida á los documentos que componen la causa magna del *Katipunán*, incoada por el dignísimo é integérrimo juez de Tondo, D. Alberto Concellón, la cual causa, según noticias, ha desaparecido, sin que los autores de esta desaparición hayan podido conseguir su intento, pues sabemos que existe un extracto oficial de la misma.

Eseverri.

LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

IV.—CARACTERES FÍSICOS DE LOS NEGRILLOS

Cabeza.—Índice cefálico.—Lugar que en la especie humana corresponde al negrillo por la medida y forma del cráneo.—Color de la piel.—El eritrismo en África.—Amarillos y negros.—Vello.

Como anteriormente decimos, la cabeza es generalmente gruesa y redonda. Cuando examino el conjunto de figuras que representan el corte transversal del cráneo, sorpréndeme su forma globulosa, más oval en cuanto el tipo á quien pertenece es un mestizo más caracterizado.

Por la singular importancia que le atribuyen los antropólogos, debemos ocuparnos del índice cefálico horizontal de los negrillos.

Fundado en la relación que existe entre los diámetros antero-posterior y transversal del cráneo, el sueco Retzuis dividió todas las razas humanas en braquicéfalas y dolicocefalas. Broca, tomando por base este criterio, ha querido no sólo medir el volumen del cráneo, sino también caracterizar su forma por medio de las relaciones proporcionales de los diámetros reducidos á la forma decimal (1).

El índice cefálico es, pues, la relación centesimal del diámetro transversal máximo, y del antero-posterior máximo. Este índice sirve para establecer la indicada distinción.

(1) Los términos son, pues, los dos diámetros antero-posterior y transversal, obtenidos con el compás de densidades. Se comparan y la línea más larga (A) se toma por denominador. Ejemplo: Impongamos el diámetro B = 151 milímetros y el diámetro A = 192 milímetros, divídese B por A = cociente 0'7864. Hágase avanzar la coma dos lugares y el resultado 78'64 es el índice cefálico. (V. Broca, *Instructions anthropologiques*).

Las cifras en que se funda son las siguientes:

| | |
|--|------------------|
| Dolicocéfalos: Dolicocéfalos verda- | |
| deros. | menos de 75 |
| " Sub-dolicocefalos. | de 75 á 77,76 |
| Meraticéfalos. | de 77,77 á 79,99 |
| Braquicéfalos Sub-braquicéfalos. | de 80 á 83,33 |
| Braquicéfalos verdaderos. | más de 83,83 |

Tomando por base estos principios, empezaron á recorrer el mundo para medir cuantas cabezas hallaren. Preciso es decir que el resultado obtenido fué singular, pues como observa M. de Quatrefages, el índice craneal reúne en un mismo grupo á alemanes, lapones, peruanos, aurenios é indochinos. Los negros del Gabón

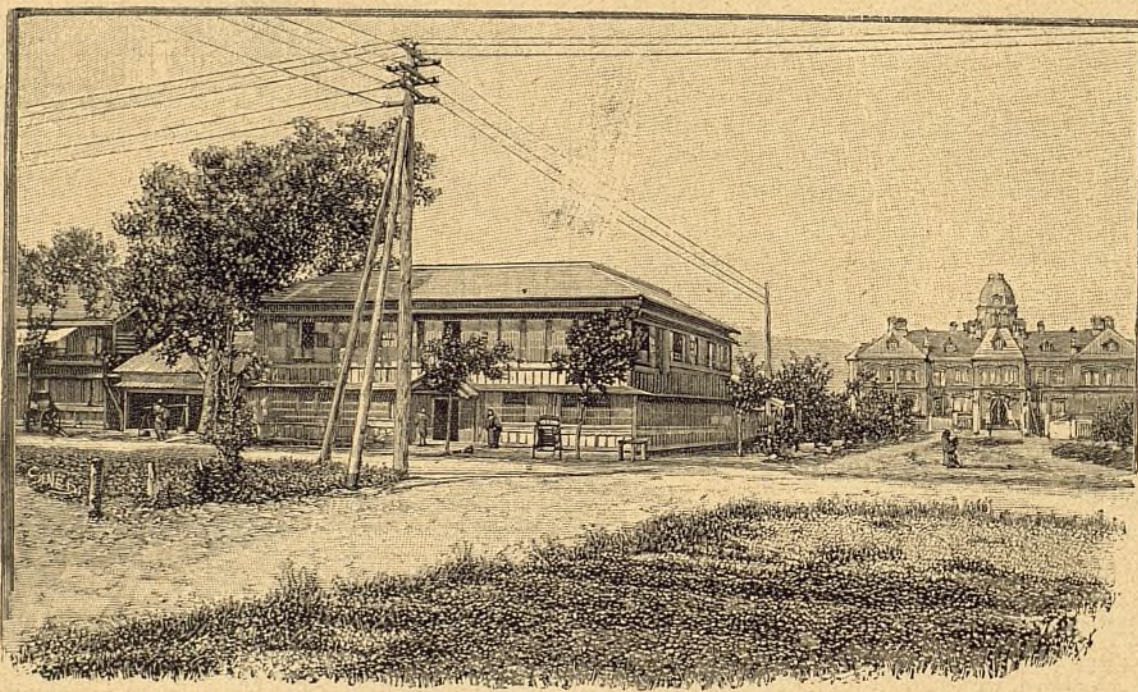
En este cuadro llama la atención el hecho de que las cifras más elevadas corresponden á los mestizos.

Bumba es un negrillo *o-jongo* de Fernán Vaz, y su talle mide 1'68 m.

Mpira, natural del país eshiro, hijo de madre *o-bongo* (negrilla), y de padre *mu-tchogo* (raza de bantu), mide 1'62 m. de alto.

Andrés Mbumba, educado en la Misión católica de Fernán Vaz, habla correctamente el francés, conserva todos los caracteres del negrillo, tiene veinticinco años y su talle es de 1'48 m. Su madre era negrilla y su padre *mu-tchoho*.

Nkowe, mujer descendiente de Nzabi (orilla izquierda del Ogowé), de padres negrillos (*a-bongo*). Mide 1'32 m. de alto.



JAPÓN.—Gran Hotel japonés en Sopporo, capital de la isla del Yeso. (Pág. 184)

ocupan igual lugar que los franceses, y los actuales parisienses se hermanan con los javanas...

Sea de ello lo que fuere, ¿qué lugar corresponde á los negrillos? Marno midió uno del Akka de Schweinfurth, y obtuvo 80,85; cifra que lo iguala á los vascos franceses. M. de Quatrefages obtuvo distintas medidas, y M. de Brazza midiendo cabezas de negrillos del Ogowé obtuvo como término medio 77. Finalmente, los que yo he medido dan parecidos resultados, y colocan los negrillos comunes entre los braquicéfalos ó cabeza globulosa. Copio algunos á continuación (1).

| | |
|---|-------|
| Nkumba (Fernán Vaz). | 70,04 |
| San ó bushmen (medido por Eliseo Reclus). | 73,03 |
| Adumbwana (Fernán Vaz). | 77,55 |
| Evongé, hombre (Mitchogo). | 79,17 |
| Nkowe, mujer (Ndjabi, Alto-Ogowé). | 81,42 |
| Andrés Mbumba (Fernán Vaz), mestizo. | 83,22 |
| Mpira (Fernán Vaz), mestizo. | 83,79 |
| Bumba (Fernán Vaz), mestizo. | 87,44 |

(1) En estas cifras he disminuido dos unidades el resultado obtenido en los vivos para obtener la medida del cráneo seco.

Evongé, nacido entre los *Mi-tchongo*, mide 1'45 m. Es, al menos así lo afirma, negrillo puro.

¿Qué consecuencia puede deducirse de los precedentes datos, á los cuales podrían sumarse muchos parecidos, sino que en éstas, como en todas las restantes razas humanas, se observan á primera vista los caracteres del cruzamiento?

Bumba, por ejemplo, conserva del negrillo vulgar la cabeza braquicéfala, y tiene del *nkomi* la elevada talla, el color negro y algunos rasgos de su fisonomía.

Andrés es rojo como un pedazo de cuero nuevo, sus facciones son de negrillo y conserva el tipo, siendo más alto que la generalidad; es muy sociable, franco, activo, y contesta gustoso á cuantas preguntas se le dirigen. Este resultado es quizás debido á la educación recibida en la Misión de Fernán Vaz.

¿Se nos permite aventurar una hipótesis? si continuásemos midiendo cabezas, lo cual es muy difícil, de *a-koa*, pures y de bushmen, puro tal vez, bajando unas y subiendo otras, la diferencia dejaría de ser tan considerable como parece hasta ahora, y la única que separa estos grupos tendería á desaparecer en la fusión y el cruzamiento, como se ha probado en otros puntos.

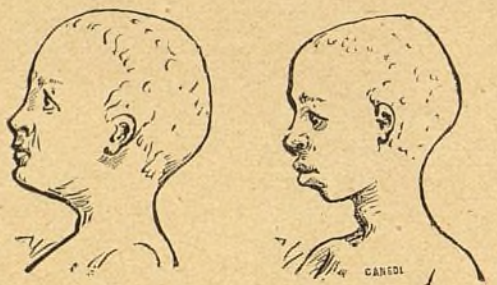


SAN LUIS, REY DE FRANCIA

ENFERMO DE LA PESTE Y HECHO PRISIONERO DE LOS SARRACENOS EN LA SÉPTIMA CRUZADA

Ayuntamiento de Madrid

Empresa temeraria sería aventurarse á sostener una crítica contra el valor de este índice cefálico, para precisar la forma del cráneo. Debemos, sin embargo, reconocer que el índice enseña si el cráneo es globuloso (braquicéfalo) ó alargado (dolicocefalo) cuando está tomado en plano horizontal; pero no permite representarlo tal cual es ni de perfil ni en plano vertical. En realidad solo la fotografía y el vaciado dan este resultado. Vemos, pues, que bajo este aspecto la cabeza del europeo parece en general derecha y redonda, la del negro es prolongada y cuadrada al parecer.



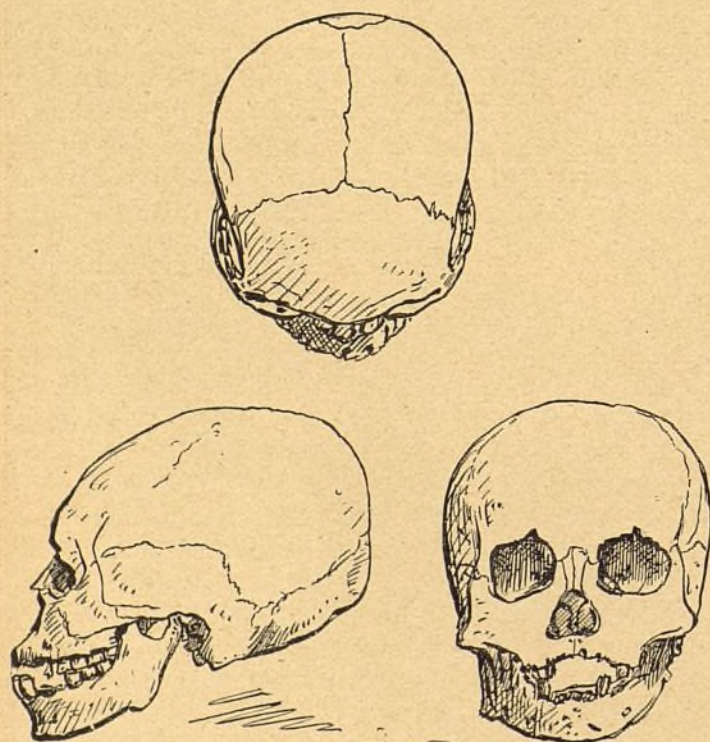
Perfil de la cabeza de un niño blanco

Perfil de la cabeza de un niño negro

Para indicar la forma de los dos cráneos

Estas dos cabezas de aspecto tan distinto pueden, sin embargo, dar el mismo índice cefálico.

Esta fusión, demostrada por la forma del cráneo, se observa también en el color. La piel es más clara cuanto más se parece al negrillo primitivo, y es éste un carácter conocido de todos los indígenas. Sabido es que los

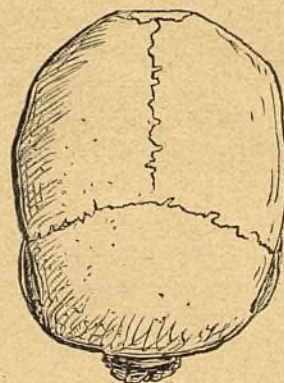


Norma verticalis (braquicéfalo)

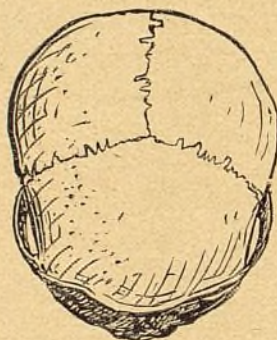
Perfil (prognatismo)
CRÁNEO DE BONGO

Visto de frente
Negrillo del Alto Ogové

Copia de A. de Quatrefages

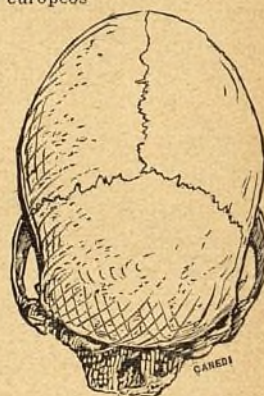


CRÁNEO DE CORSE (Norma verticalis)
presenta los caracteres medios
de los cráneos óseos europeos



CRÁNEO DE LAPÓN
(Norma vertic.)

Tipo braquicéfalo (cabeza globul.)



CRÁNEO DE ESQUIMAL
(Norma vertic.)

Tipo dolicocefalo (cabeza alargada)

Copia de A. de Quatrefages
(Introducción al estudio de las razas humanas)

negros nacen ó blancos, ó de color amarillo-rosado. Los primeros días conservan este color, y luego adquieren progresivamente un color en el cual domina el negro, pero sin desaparecer nunca completamente el amarillo rojizo: un niño de cinco ó seis años es de color más claro que el joven de veinte ó más años. Igual cambio, pero menos acentuado, se observa también entre los europeos: muchos rubios á los dos años, á los veinte son castaños y negros á los cuarenta. Como es sabido, este resultado se debe al pigmento cutáneo que da á la piel humana el color característico. Negros y blancos tienen todos ligero tinte amarillo. Bajo este aspecto el color del negrillo se parece más al primitivo, y toda su vida guarda el que al nacer tienen los demás negros.

He visto varios niños de esta raza, particularmente una niña, Bilogo, de dieciocho meses, cuya piel conservaba uniforme y de fresco color amarillo rosáceo. Pero su figura respiraba cierto indefinible aspecto de vejez; las crecidas cejas, el saliente maxilar inferior caracterizábala y distinguían de las demás niñas de su edad, por los enumerados rasgos que el tiempo se encarga de pronunciar.

Esto color especial, distinto del de los mulatos (hijo de negra y europeo) se ve en todos los campamentos de negrillos. Aunque no bien definido, vese también y es curioso fenómeno repetido con frecuencia mayor ó menor en las razas vecinas, por ejemplo en los Be-shéké (A-shekianí ó Boulous), y en algunas familias de fans

ó mpawins. En la actualidad tenemos en nuestras Misiones niños de esta procedencia, cuyo color es muy característico: citaré como ejemplo uno hijo de padres shekés de Ndombo (Gabón), cuya piel es, especialmente en el rostro, de color muy claro, los ojos grises, y además un muy notable aspecto negrilla. Otro de origen fan presenta iguales caracteres.

No quiero pasar en silencio un caso que no he visto citado en parte alguna, y que he tenido ocasión de observar en ambas costas africanas. Sabido es que los albinos, cuyo blanco color es debido á la ausencia del pigmento, se encuentran con relativa frecuencia entre los negros: un indígena digno de crédito me aseguró haberlos visto entre los negrillos a-rimba (bosque del Mayombe). Pero aunque muy rara, existe en Africa otra clase de eritrismo. Toda la piel presenta el mismo color rojo cobrizo, cual si la hubieran pintado: vello, cabellos y barba participan de igual color, si bien alterado por ligero tinte moreno. Sus ojos son claros y parece, aunque menos que los de los albinos, soportan difícilmente la luz. He visto cuatro ó cinco casos de este género en Zanguebar y el Gabón: dichos negros eran verdaderos pieles rojas, y en la tabla cromática de Broca no hallo color parecido al suyo.

Pero, volvamos á nuestros negrillos. Si es cierto que el color claro parece ser el primitivo y el de todos los grupos, no podemos, sin embargo, afirmar que sea el único, pues muchos negrillos tenidos por de pura raza creo son negrillos secundarios procedentes de cruzamiento, cuya antigua fecha desconocemos; son tan negros como los negros entre los cuales viven. Es éste un hecho certificado por todos los viajeros (1). No creo, sin embargo, fuera acertado dividir fundados en el color á los enanos del Africa en dos grupos: amarillos y negros. En efecto: el color general de los bushmen es amarillo, el de sus vecinos los pequeños *Ova-Kwissu*, negro humo, pero existen tipos intermedios que reúnen ambos extremos, y repetidas veces estos tipos de diversos colores se encuentran en un mismo campamento.

¿Cómo explicar esta variedad? Resumiendo repetiré que el color del negrilla puro y libre de toda mezcla, es el que aun en la actualidad se observa en distintos ejemplares de diversos grupos, ó sea el amarillo rojizo: mejor ó peor conservado, según el grupo se mantenga más ó menos puro de cruzamientos, ó se haya unido con pueblos amarillos (los Hetentotes por ejemplo) ó negros (los Bantu). Además, siendo los negrillos esencialmente nómadas, un nuevo elemento, negro unas ve-

ces, rojo otras, pudo unirse á uno ú otro grupo, y determinar las variaciones de los dos colores que entre ellos observamos.

Iguales observaciones pueden aplicarse á los restantes caracteres.

Es para todos los indígenas otro de los caracteres distintivos del negrilla, el crecimiento del vello: el pelo cubre todo el cuerpo, parece un abrigo de pieles; su barba es larga. A decir verdad oyendo la descripción, que me hicieron con verdadero derroche de su imaginación espléndida los negros del Mediodía, creí que los descritos ejemplares serían algo parecido á irracionales; pero el presente estudio me ha proporcionado grandes decepciones. Ciertamente es que comparando la generalidad de los negros con la generalidad de los negrillos, y sabiendo que aquéllos están casi por completo desprovistos de vello natural, es que al ver á los otros les parezcan *peludos como monos*. Por igual motivo comparan la cabellera de los europeos á la crin del caballo, y es para ellos lo más curioso de nuestras curiosas personalidades. El hecho de que algunos negrillos, rojos ó negros, tengan el vello muy desarrollado en el cuerpo, brazos, piernas y rostro, no es á mi ver nada extraordinario, y este carácter lo podemos hallar igualmente pronunciado en algún negro de las vecinas tribus. Ejemplo: el pequeño Ethune-fura, cuya fotografía he reproducido.

Lo único notable es que los negrillos de color claro, aun los muy jóvenes, tienen casi siempre en el labio superior, en ambas mejillas y encima el brazo, algunos pelos ó vello, más ó menos rojos, largos ó cortos, y en mayor ó menor número quizás.

La cabellera es lanuda, inculta, enmarañada, negra entre los negros, de color rojo más ó menos pronunciado entre los demás. Nunca he visto presentarse como cosa general los cabellos *ó granos de pimienta*, ó sea cabellos ensortijados en pequeños grupos que dan á la cabeza un aspecto original. Esta disposición del cabello la observé en algunos, pero no en toda la cabeza, sino en las sienes y al rededor de la coronilla, de manera que una y otra disposición del cabello se reúnen en la misma cabeza. Lo mismo observamos entre otros negros, por lo cual deja de ser carácter distintivo del negrilla. Además, cuando el cabello está cortado á rape, se ve claramente que unos y otros cabellos están igual dispuestos: la célebre cabellera *á granos de pimienta* de la que se pretendió hacer un carácter anatómico, viene á ser entre los negros lo que entre los blancos el cabello rizado. Llama la atención el hecho de que los negros cuya piel es más clara acostumbran tener los cabellos á granos de pimienta, y los europeos más blancos acostumbran á tenerlos rizados.

La calvicie, frecuente entre los negros, no la he visto nunca en ningún negrilla.

(Se continuará).

(1) Son curiosas las opiniones que del color humano tienen las poblaciones africanas de la costa occidental. Los sabios del país admiten tres colores: el negro, ó sea el de los contemporáneos; el rojo propio de sus ascendientes, y el blanco, que será el de sus descendientes... Estas afirmaciones son lógicas: en efecto, los hombres entre los cuales viven son negros: los negrillos que creen haberles precedido en Africa y con los cuales es indudable que sus antepasados se mezclaron, son rojos: por último, los cadáveres que descarnan bajo la tierra ó el agua pierden con su epidermis el pigmento negro y son blancos.

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES
EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

Sapporo, capital del Yeso

I

VEINTE años hace, cuando el Gobierno imperial resolvió colonizar el Yeso y comprarlo definitivamente, para acabar con la insaciable codicia del imperio del Norte, quiso que esta toma de posesión fuese testimonio de su poder, prueba de su esperanza en el porvenir, monumento de su genio emprendedor. Para perenne testimonio realizó la fundación de la capital del Yeso.

Ingenieros y arquitectos, salidos de las modernas y mejores escuelas, fueron enviados á la colonia para elegir favorable emplazamiento. En la región conocida con el nombre de Ishikari, á treinta leguas del mar, emplazaron la que había de ser capital del Yeso.

Atrevida fué la empresa: debieron arrancar los gigantescos seculares árboles, que exuberantes de vida cubrían la tierra que había de sostener la populosa ciudad: la salubrificaron y allanaron: levantaron el plan de una capital, cuyas anchas calles cruzábanse formando ángulos rectos, orientadas á los cuatro puntos cardinales, y como obedeciendo al influjo de mágica varilla, hicieron surgir de esta tierra, ayer cubierta por lujuriosa vegetación, suntuosos edificios, colegios, museos, fábricas, establecimientos, hoteles, parques y chalets.

Sentáronla á los piés de la majestuosa cordillera Ishikari, desde donde se ven en días serenos las siete inmensas gradas de las montañas que se elevan cabe las jugetonas olas que lamen la encantadora orilla del caudaloso Toyoshira, sembrado de islotes, de piedras que adorna la espléndida vegetación de las riberas. (*V. el grabado, pág. 188*).

II

7 Junio.

En esta suntuosa capital posee el misionero modesto abrigo; una casa de madera. La parte central la forma pequeña capilla. Ante ella extiéndese un jardín ornado de macetas, donde nacen las hortensias ufanas: levántase en medio un alto palo rematado por una cruz. Los días de fiesta grande, siguiendo la costumbre japonesa, llenamos de banderas multicolores, sobre las cuales mecida por el viento ondea la bandera tricolor. Excelentes son los cristianos de Sapporo, tienen buen espíritu y alientan grandes ideales.

Una mañana alegre y fría salimos del presbiterado, y empezamos á correr al azar las calles de la ciudad.

Sapporo es inmenso; espaciosas sus calles, y los ingenieros autores del plano rompieron con todas las cursilerías de la arquitectura japonesa. ¡Un ideal sublime alentaría en su ánimo al trazar los límites de esta capital. Tal vez exageraron la interminable extensión de las calles. Pequeñas parecen las casas, desproporcionada las dimensiones de los *boulevards*, y la ciudad parece desierta, deshabitada, á causa de su misma extensión.

Telégrafo, teléfono, luz eléctrica, estas nuevas maravillas de nuestra civilización occidental, encuéntranse establecidas por todas partes en esta ciudad. Los conductores del fluido están instalados, siguiendo la moda americana, formando grupos de doce ó quince hileras de alambres superpuestos á lo alto de los postes. (*V. el grabado de la pág. 180*). Coches, carros, carretones pueblan sus calles. Vemos elegantes caballeros correctamente vestidos á la europea: son los *gentlemen riders* que hacen su paseo matutino. Movimiento y vida obsérvese en los comercios, y las altas chimeneas de las fábricas elevan al cielo penachos de negro humo.

Llaman mi atención grandes tiendas de elegante aspecto ricamente provistas, en especial las de quincalla, que son en crecido número y muestran entre otras cosas toda clase de herramientas y máquinas agrícolas, productos de talleres americanos ó de otras naciones: arados de todas clases, desde el primitivo hasta el más moderno: rastrillos, sembraderas, en una palabra, todos los instrumentos agrícolas más perfeccionados, pues preciso es recordar que Sapporo es la capital de una colonia eminentemente agrícola.

Entre los principales comercios figuran grandes almacenes de paños, mercerías y fábricas de tejidos de todas clases, desde el burdo trapo usado para las velas, hasta la más fina seda.

Librerías, modistas, zapateros, sastres y otros múltiples comercios, muestran los más hermosos productos de las modernas industrias. Todo, formando rico conjunto, se presenta ante el viajero, admirado al ver tanta prosperidad, tanto progreso, tantas comodidades en una ciudad cuyo emplazamiento cubrían, hace apenas treinta años, seculares bosques.

Las fábricas de tejidos de lana, de lino y de seda, establecidas con perfección igual á las europeas, ocupan vastos edificios de piedra ó de ladrillos.

Los edificios públicos, tales como el Banco, la Escuela normal, la Administración de correos, la dirección de la policía, la Escuela de agricultura (*V. el grabado, pág. 185*), el cuartel del ejército colonial, son en su casi totalidad de construcción regular y elegante. Entre los edificios particulares es digno de especial mención el Gran Hotel (*V. el grabado, pág. 173*), fiel imitador de los hoteles ingleses. El Gobernador posee un soberbio palacio. Completan y aumentan los encantos de esta ciudad, parques, jardines y múltiples museos.

Al fundar Sapporo, el Gobierno japonés ha evidenciado su creciente vitalidad y sus múltiples y fundadas esperanzas. Ha roto los lazos con que trece largos siglos supo aprisionarlo la civilización china, especie de mal disfrazada barbarie, y se deja arrastrar por la impetuosa corriente de las ideas occidentales, entre las



El niño Bilogo. (Pág 182).

cuales predominan las iniciativas individuales y la libertad: importantes factores de la ciencia y la industria.

Ciencia, libertad, civilización, triple aspecto para la consecución del cual el Japón ha dado un paso de gigante. La revolución del año 1868 lo colocó en el hermoso camino del progreso. Pero si en sus horas de calma medita, deberá reconocer que la civilización de que disfruta es fruto del Catolicismo, y que el Catolicismo puede destruirla ó conservarla. Leed, sino, la historia imparcial de los pueblos occidentales que hoy tomáis como modelos y maestros: ella enseña que la Iglesia católica ha sido su madre y maestra. Veréis que la idea de progreso es idea cristiana, y que es el Cristianismo quien la ha divulgado y desarrollado en toda nación. Durante el siglo XV, «el siglo de los viajes, de las empresas, de los descubrimientos de toda clase,» es, dice el protestante Guizot, cuando la Europa católica inventa la imprenta, el compás y la pólvora: invenciones que le han dado el imperio del mundo. «La Religión cristiana, escribe De Maistre, es la madre de la ciencia. La teoría y la experiencia se hermanan para proclamar esta verdad.» Y en nuestros días continua empuñando con mano fuerte el honroso cetro. Pasteur, quizás el sabio más grande de los modernos tiempos, era hombre de fe católica grande, inquebrantable. Que considere con De Maistre, el llamado por Taine, «adversario ilustre de la filosofía inglesa,» que el imperio de la ciencia radica en Europa, únicamente porque ésta es cristiana. «Ha logrado, dice, tan alto grado de civilización, porque empezó por la teología, y porque todas las

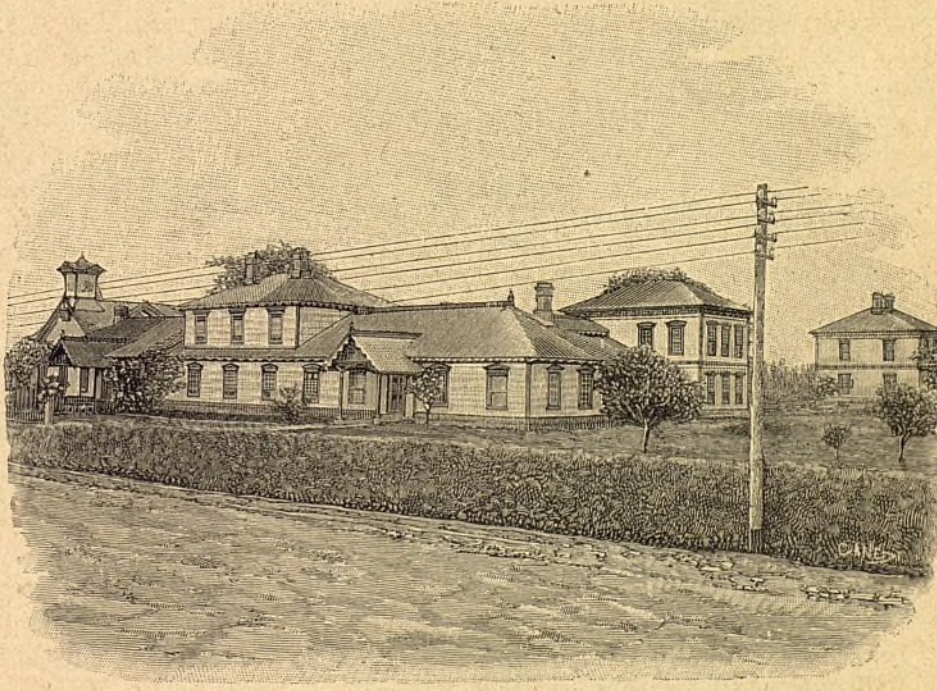
ciencias ingertadas en este árbol divino, han evidenciado su divina savia con inmensa vegetación.»

Medite el Japón cuanto antecede: pues en vez de llegar á ser una nación verdaderamente civilizada, podría acontecer fuere ridícula caricatura, y que en vez de alcanzar nuevas fuerzas con su progreso, caiga en profundo y espantoso caos que le haga añorar su pasada ignorancia.

Contemplando y admirando el esplendor de esta capital, donde con rapidez desusada se han amontonado tantos y tan suntuosos edificios, no puede el viajero sustraerse á una vaga impresión de tristeza al pasear por esta ciudad grande y solitaria. Las calles largas parecen desiertas á pesar de los numerosos transeuntes, de los múltiples carros, del ir y venir de las gentes. Además, la considerable extensión de estas calles dificulta su buena conservación, y en ellas crece la hierba, llevando en la mente la idea de una ciudad parcialmente abandonada. Quedan al Este grandes extensiones abandonadas, en especial de edificios, y tras ella á corta distancia crece siempre el bosque, el bosque majestuoso, dispuesto siempre á recuperar el terreno que el hacha le arrebató. Al Oeste levántanse las altas montañas inexploradas, cubiertas de impenetrables malezas. De vez en cuando, entre las anchas calles se admira algún coloso de la selva que el hacha respetó. Es á la par natural adorno y perenne testimonio de la selva secular.

Los variados reflejos de los cristales del palacio heridos por el sol moribundo, las calles donde vive la hierba de las ruinas, los altos palos coronados de cien hilos de telégrafo, los ferrocarriles y las calles desiertas, los bosques que codean la ciudad, producen extraña impresión de civilización y salvajismo.

Sin embargo, forzoso es admirar la superioridad humana que lucha con la naturaleza, la domina, la transforma hasta trocar como por mágico encantamiento una salvaje guarida de fieras, en activo teatro de la moderna industria y de los mil progresos de la civilización.



Escuela de agricultura en Sapporo, capital de la isla del Yeso. (Pág. 184)

III

9 Junio.

Al Oeste de Sapporo extiéndese un parque encantador, ordenado con gusto exquisito: un lago artificial refleja seculares encinas que le cobijan: llanuras cubiertas de verde césped: bosquecillos aromáticos, entre los cuales se levanta el *Hakubutsukan* (Museo de Historia natural).

Es el jardín público de Sapporo hermosa miniatura del célebre bosque de Bolonia, feliz reducción del parque de la Cabeza de Oro, encanto de los habitantes de Lyón; permanece abierto todos los días, y es muy concurrido durante la primavera.

Una espléndida tarde de un domingo visitamos el Museo, rico cofrecillo científico pronto á recibir los tesoros de esta tierra virgen.

Dejando á la izquierda la *Gran cervceria*, entramos en la ancha calle *Kita-machi* (avenida del Norte), excesivamente larga, á cuya mitad corre entre orillas de piedra un canal; sobre él se extienden numerosos puentes de labrada madera.

Cruzamos el jardín del *Hoheikan* (hotel Europeo), edificado hace algunos años con motivo de la proyectada visita del Emperador (visita que no llegó á verificarse). Lo rodea una verja de hierro, y sus puertas son de bronce. Es el hotel hermoso edificio con elegante pórtico, sostenido por columnas corintias, cuyos labrados capiteles representa hojas y flores: elegante es también la balustrada del balcón. Sobre la arquitraba, en el frontón, léese en caracteres chinos el nombre del hotel: *Hoheikan*. (V. el grabado de la pág. 177).

Extensas praderas rodean el esbelto edificio. Lo ombrean copudas encinas, y ante él al centro del jardín se levantan artísticas rocas, al pie de las cuales extiéndese un lago que refleja los grandes helechos de dentadas hojas; pinos cortados al estilo japonés, y algunos cipreses que en estas regiones pierden el carácter sombrío y melancólico de los que guardan nuestros cementerios.

A la izquierda del lago crece hermoso conjunto de altas azales de flores rojizas.

A la derecha vemos el suntuoso palacio del gobernador, cruzamos una avenida algo descuidada, pero que adornan recientes y suntuosas construcciones, la Escuela agrícola, la Administración de correos, el Hospital, y llegamos al jardín público, rodeado de espesos arbustos y de cortadas encinas: cerca natural trabajada con no escaso arte. (V. el grabado de la pág. 177).

Numerosos paseantes recorren sus avenidas, vestidos con abigarrados trajes de pésimo gusto. Hermosas son las calles de encinas y aceres, cuyas largas ramas enlazándose forman tvpido cielo de verdor que coquetuelo contéplase en el terso espejo del límpido lago.

Al breve rato nos encontramos al frente de elegante chalet; es *Hakubutsukan* (Museo), y siendo el único fin de la excursión de aquella mañana visitar los tesoros y curiosidades que encierra, entramos en él.

Un vasto salón lleno de luz. Altos ventanales distri-

buidos con gusto y con arte, forman ángulo recto con el muro, y se extienden á lo largo de él. Ventanas hay cuyos ricos cristales miden dos metros de altura por 1'20 m. de largo. Todo es suntuoso y arreglado con exquisita propiedad.

Libre es su entrada, y ello permite que todos sin distinción puedan visitarlo é instruirse, contemplando encerrados y con sus etiquetas correspondientes, todos los representantes de la fauna del Yeso, de los cuales habrán ya visto con menos calma y detalle, algunos en los bosques ó grandes sábanas.

Campeños, mozos de cordel, soldados coloniales, burgueses, estudiantes, profesores jóvenes que toman notas, recorren las largas galerías.

Recorrámoslas también nosotros.

El primer escaparate que se encuentra al entrar, contiene un descomunal oso (*ursus arctos*), de los que viven al Norte de Europa. Estos feroces animales pululan por los bosques y montañas de esta tierra. Vese á sus piés una especie de chacal (*canis hodephylax*). Llama la atención este grupo por estar dispuesto con singular buen gusto, y por la natural colocación y perfecta dirección de los animales que lo forman. A la derecha se ven otros dos ejemplares, macho y hembra, de dichos terribles carnívoros: el primero de color muy oscuro, y la hembra de color gris.

Siguen á éstos los Pinnípedos. Es digno de mencionarse un león marino (*Otaria stellari*) que mide 2 metros de largo por 0'60 de ancho. A su alrededor pueden verse varias otarias de todos tamaños. Una hermosa vaca marina (*Phoca vitulina*) y á su lado la célebre nutria del Kamtchatka, cuya piel sirve para forrar los más lujosos abrigos, y luego la nutria común (*lutra vulgaris*), que vive también en el Norte de Europa.

Atrae nuestras miradas una pequeña ballena (2'20 metros largo), y especialmente un notable pez espada (*xiphius gladius*), que mide más de 2'50 m. de largo. La espada tiene 60 centímetros de largo, y es arma poderosa y temible con la cual no duda atacar los grandes cetáceos que pueblan los mares: repetidas veces encuéntrase pedazos clavados á las quillas de los buques. Merecen ser citados la caballa, el atún, la jibia, el arenque, peces todos muy abundantes en las aguas que bañan estas costas.

Vemos á continuación y entre otros mamíferos el jabalí, el ciervo, la comadreja, la liebre, el zorro vulgar (*vulpes vulgaris*) y el zorro negro (*vulpes argentata*), cuya piel es muy apreciada: el ejemplar que posee el Museo está salpicado de puntos blancos y tiene la cola blanca.

Variada es la colección de las aves. Llama la atención un bien dispuesto grupo que parece presidido por hermosa águila real cuyas garras despedazan una liebre blanca, y por una águila marina procedente de la isla de Kurashiri, la primera de las Kuriles.

Como nuestro propósito no es hacer un detenido estudio, pasamos rápidamente todas las salas. Mencionaré solamente el milano, el mochuelo, el martín pescador, notable por su pico rojo y por su gracioso plumaje de color de naranja en la parte inferior y de pálido amarillo en la espalda, la rosada ibis de largo pico, la beca-

cina, la limosa de alto talle. Vimos también la orteza, llamada por los naturales de este país gallo salvaje, muy abundante en el Yeso y desconocida en el Nippón, el buaro ó mochuelo de las Kuriles, el albatros y el so mormujo (*colymbus arcticus*), ambos aves marinas de gran tamaño. En un ángulo una multitud de hermosas avecillas cuyos brillantes colores formaban variado conjunto: ruiseñores del Japón (*cettria cantans*), el pegarreborde y cien y cien más que sería enojoso nombrar.

De la precedente enumeración puede deducirse que la fauna del Yeso es muy distinta de la del Nippón. No viven en el Yeso ni monos, ni faisanes, que en tan crecido número hallamos en el Nippón. Esta particularidad y las notables diferencias que se observan en la flora y en los fósiles de ambas islas nos induce á creer que el Yeso nunca, ó á lo menos durante las últimas épocas geológicas, estuvo unido al Japón propiamente dicho (1).

Visitamos la sección geológica, que nada notable encierra. Numerosos minerales de hierro, cobre y oro, cristales, algunos mármoles y muestras de azufre y carbón, cuyas minas tanto abundan en la isla. Subimos luego al piso superior, donde está instalada la Exposición Aina.

(Se continuará).



Por una flor

I

EL conde de Clairville había concedido la mano de su hija única, la bella Yolande, al marqués de Kergouet, vástago de una noble y altiva familia bretona.

Terminada la ceremonia nupcial, las puertas del templo se abrieron de par en par y dejaron que la curiosa multitud contemplara el elegante altar mayor, lujosamente decorado con flores y luces, y pocos momentos después la joven pareja salía por bajo los festones de la gótica portada, á tiempo que las campanas herían el aire con sus alegres repiques. La naturaleza toda parecía estar de gala para tomar parte en la fiesta: el suave perfume de la primavera embalsamaba el ambiente, los pajarillos saltaban juguetones de rama en rama, formando con sus trinos delicados conciertos, y los dorados rayos de un sol sin nubes caían, como formando una aureola, sobre las frentes de los venturosos desposados. Era la novia esbelta y graciosa, y, con su traje y velo blancos, parecía un ángel; el novio, de arrogante y noble presencia, contemplaba con la más tierna expresión de cariño aquel tesoro que, con justo

orgullo, llevaba entonces suavemente apoyado en su brazo.

Las gentes del lugar vestían todas su traje dominiguero, los hombres llevando en el ojal de sus levitas pequeñas rosas, y las mujeres luciendo blancos lirios del valle sobre sus tocados. Todos, hombres y mujeres, formaron una calle, tapizada de flores, para que por en medio de ella pasaran los desposados, á quienes dirigían vítores entusiastas por su ventura.

—¡Viva la señorita Yolande!

—¡Viva la novia!

—¡Dios bendiga á nuestra dulce niña!

—¡Viva el Marqués!

La modesta iglesia de Clairville, construida sobre una pequeña altura, dominaba toda la aldea, y se llegaba á ella por una estrecha y sinuosa vereda sembrada de escalones: ricos y pobres, nobles y plebeyos, vivos y muertos, todos para llegar á la iglesia debían recorrer aquella senda, llamada *camino del paraíso*. El cortejo nupcial, resplandeciente de oro y seda, y seguido de la entusiasta multitud, bajó por esa vía hasta el lugar en donde estaban esperando los carruajes; el novio, reconocido por las demostraciones de evidente efecto de los aldeanos por la novia, dijo á ésta tiernamente:

—¿Ves, ángel mío, cuán querida eres tú para estas gentes? nunca te olvidarán, y llego hasta á temer que á mí no me miren bien, puesto que les he arrebatado su ángel tutelar.

La novia sonrió, por un momento dirigió su dulce mirada á su esposo, y luego, volviéndose á su padre, le dijo:

—El día está hermosísimo, padre; ¿por qué no seguimos á pie hasta la casa?

—Hagámoslo así, hija mía, si lo deseas, repuso éste, contento de hallar una oportunidad de complacerla, oportunidad tanto más valiosa cuanto pronto debían separarse del todo el uno del otro. Los novios, pues, y todo el cortejo nupcial, continuaron á pie y atravesaron la aldea en dirección al castillo de Clairville, que estaba situado no muy lejos en el extremo opuesto. Los más ancianos subieron á los carruajes.

Yolande, apoyada en el brazo de su esposo, se detenía en cada una de las humildes casitas de los lados del camino, á cuyas puertas todos aquellos, hombres y mujeres, á quienes la edad ó la invalidez no habían permitido asistir á la iglesia, esperaban para ver pasar á la novia. Para cada uno de ellos tenía ésta una palabra de cariño y una sonrisa, y más de una mano descarnada y de una temblorosa y débil voz la bendijeron de todo corazón.

La alegre procesión llegó á un recodo del estrecho camino, y hubo de detenerse repentinamente: al doblarlo se había encontrado con un entierro que se dirigía á la aldea. Era de gente muy pobre: no había escudo ni blasón sobre la tapa del blanco ataúd, en donde venía frío y rígido el cuerpo de una joven, y, no obstante ser entonces la época de las flores, no se veía una sola que atestigüase un recuerdo amigo para aquel cadáver. Detrás del carro mortuario venía un hombre, el único doliente, pobremente vestido y cuyo lento paso, así como la inclinación de la cabeza y el rostro cubierto

(1) Chamberlain. *Things japonese*.



JAPÓN.—Orilla del Toyos-hira en la isla del Yeso. (Pág. 184)

con las manos, hacían el cuadro del más hondo dolor. Los dos hombres que llevaban el féretro, tan pronto como, al cruzar el recodo, encontraron á los novios y su alegre séquito, quisieron apartarse del camino para darles paso, pero el afligido anciano que constituía el único cortejo de la muerte, levantó la cabeza y lanzó una terrible mirada al alegre grupo que, con sus vistosos trajes de gala y sus gozosas caras, parecía insultar su aflicción.

—¡Seguid adelante! dijo con voz ronca á los conductores del ataúd, en tal tono de amenaza como si quisiera de buena gana pisotear á todos los nobles que allí venían. Los dos conductores vacilaron por un momento y siguieron. El Conde se adelantó y, en el tono más solemne y grave, dijo:

—Amigos, respetemos á los muertos. Hagámonos á un lado para que pase el féretro.

Aquella orden fué inmediatamente obedecida, y el funeral continuó su marcha por en medio de la alegre comparsa, que reverentemente, abrió calle é hizo el respetuoso saludo que la gente culta estila hacer ante un ataúd en donde se conduce un cadáver al cementerio. Al pasar el féretro, la novia, conmovida por la vista del rígido cuerpo de la joven muerta, se detuvo, quitó de su ramillete un azahar, y lo colocó tímidamente sobre el blanco vestido de aquélla.

El afligido doliente vió aquel acto, y su fisonomía se dulcificó un tanto. Luego, sumergiendo otra vez la cara en las manos, prorrumpió de nuevo en amargos sollozos, y continuó su marcha.

—¿Quién es ese hombre? preguntó el conde de Clairville.

—No sé, señor, replicó aquel á quien el Conde se dirigía; es un desconocido. Llegó hace pocos días á la posada, con su hija, que era ya, como todos la vieron, casi una muerta; parecía que la amaba mucho, y anoche, cuando murió, fué tan grande su impresión, que el pobre hombre, fuera de sí, blasfemaba y amenazaba al cielo. Esta mañana yo mismo le dije que era muy tem-

prano para celebrar las exequias, que sería mejor dar al señor Cura siquiera el tiempo para cambiar su estola, después de la ceremonia nupcial, pero él no quiso hacer caso á mis observaciones.

El cortejo nupcial continuó su marcha, y bien pronto los alegres repiques de las campanas se cambiaron por lúgubres dobles de muerto, así que el féretro y su único acompañante entraban á la iglesia por debajo de los mismos alegres arcos y festones preparados para los novios.

—¿Quién es aquella joven? preguntó el doliente á alguien que pasaba.

—¿La novia? Es la señorita Yolande de Clairville, fué la respuesta.

—¡Que ella sea eternamente feliz! murmuró entre sollozos el desconocido.

En seguida entró al templo.

II

Pasaron veinte años y entró en Francia el Reinado del Terror. En la Vendée la guerra estaba en toda su fuerza cuando la Convención envió á uno de sus miembros á Nantes, con instrucciones de tomar las más violentas y severas medidas contra los realistas.

El agente, llamado Carrier, de acuerdo con las órdenes terminantes, hacía encerrar en L'Entrepot, edificio situado á inmediaciones de la Catedral de San Pedro, considerable número de personas «sospechosas;» hombres, mujeres y niños eran lanzados en montón dentro de aquella antesala del río Loira, lúgubre mazmorra que, no obstante los muchos ahogados diariamente, estaba siempre atestada de víctimas.

En un largo y estrecho corredor, el terrible procónsul presidía todos aquellos simulacros de procesos. Los prisioneros formaban dos filas: la de acusados y la de condenados; la primera disminuía rápidamente, así como la segunda aumentaba, y, por último, Carrier, por acelerar las cosas, terminaba cada sesión prescindiendo de toda formalidad para disponer de sus víctimas.

Entonces las terribles palabras «condenado á muerte» se oían constantemente, y los realistas eran conducidos á empujones á la fila opuesta.

¡Enrique de Kergouet! llamó el secretario. Al punto un joven, como de unos dieciocho años, salió de la fila de acusados y avanzó hacia el tribunal. Saludó al juez con tanta gracia y desenvoltura como si estuviera en la Corte de Versalles; parecía hasta ignorar que una cruel muerte lo aguardaba.

(Se concluirá).

EL CRUZADO

Leyenda

POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

Fué el asalto, según nos cuentan los historiadores, disputado en extremo; pues sobre que el emir Ifficaren, que mandaba á los sitiados, disponía de doble número de soldados que los sitiadores, carecían éstos de máquinas para batir las puertas y murallas. Todo fué preciso hacerlo á fuerza de sangre y de valor; mas parecía que el ejército cristiano estaba aquel día auxiliado por legiones angélicas, porque cada cruzado tenía ánimo y esfuerzo tan grande, que hacía por sí solo lo que en cualquiera otra circunstancia necesitaría diez hombres. Durante largo rato los soldados africanos que guarnecían á Jerusalén, auxiliados por la gente del pueblo, opusieron á los cruzados desesperada resistencia, pues viendo el ánimo con qué éstos acometían comprendieron que estaban resueltos á morir todos ó á tomar la ciudad. Mas la resistencia no sirvió sino para exasperar á los sitiadores, quienes ni retrocedían por obstáculos que se les pusieran, ni se fatigaban de pelear. Esto, unido á que relativamente caían muy pocos cruzados muertos, puso tal temor á la gente mahometana, fatalista por educación y creencias religiosas, que se concertó por completo la defensa.

Eran las tres de la tarde del viernes 15 de Julio de 1099, cuando los cruzados entraron por diferentes puertas y murallas en Jerusalén, como si Dios hubiese aguardado para abrirlas á que sonara la hora en que su unigénito Hijo murió allí por los hombres.

Imposible es describir lo que pasó á la entra-

da; pues mientras unos besaban piedras y paredes, otros cruzados perseguían con terrible saña á los infieles, que en vez de rendirse preferían morir matando. La sangre corría á torrentes por las calles de Jerusalén, y la ciudad deificada, tantas veces tomada y saqueada, persenció horrores casi comparables á los que viera en tiempos de Tito. Gracias á los esfuerzos de algunos señores y á las exhortaciones de los Religiosos, contúvose, aunque tarde, la matanza, y se calmó el enojo de los soldados.

Los más piadosos no esperaron aquel momento para encaminarse al Santo Sepulcro, que afortunadamente estaba intacto; sino que fueron á él en cuanto desembarazaban de infieles las calles inmediatas. Beaumont acudió de los primeros, no sin enviar un paje para que avisase á Thierry que podía venir, pues que el camino estaba expedito. Al recibir éste la noticia, exclamó con inefable júbilo:

— ¡Llegó mi hora! ¡Gracias, Dios mío!

Hizo que le vistieran con el mejor traje que tenía, como si fuera á una gran fiesta; dió sus últimas disposiciones, y entró en una especie de silla de manos. Un sacerdote y algunos criados le acompañaban con luces encendidas, cantando en voz alta oraciones y salmos, y así á modo de procesión se encaminaron á la ciudad, llamando grandemente la atención de cuantos al paso encontraban. Todos se inclinaban con respeto al ver pasar aquel cortejo y al saber el acto de fe que lo motivaba. Es el señor de Thierry que va á morir en el Santo Sepulcro, decían sus criados á cuantos curiosos se acercaban á preguntarles, y todos miraban á Augusto, quien fuera de la palidez que la pérdida de sangre y los sufrimientos le habían ocasionado, no revelaba siquiera que estuviese herido. Su semblante tranquilo y sereno demostraba el gozo y alegría celestial que en aquel momento embargaba su alma. Su mirada dulce y apacible parecía que no se fijaba ya en las cosas de la tierra, sino que



se recreaba en objetos invisibles para los demás, pero que para él debían ser muy agradables, según la plácida sonrisa que reflejaba en su semblante. En las inmediaciones del Santo Sepulcro el barón de Beaumont con sus tropas y las de Thiery esperaba á éste. Al verle se adelantó Beaumont, y antes de que hablara le dijo Augusto:

—Os felicito, Barón, por el valor que habéis desplegado, y os agradezco lo que por mí habéis hecho.

—¿Cómo os encontráis? le dijo Beaumont.

—Muy bien, muy bien; hoy es el mejor día de mi vida, como que en él entraré en el cielo.

—¿Seguís creyendo que moriréis?

—Sin duda ninguna. Entraré vivo y me sacaréis difunto; y esto diciendo Thiery llamó al sacerdote que le acompañaba, habló con él algunas palabras, y en seguida hizo señal de que continuaran la marcha que se había suspendido y le introdujeran en el Santuario. Beaumont marchaba á su derecha, y detrás los servidores y soldados de uno y otro. Al llegar á la puerta, abrióse paso entre la multitud un joven, y arrojándose á los pies del Barón, exclamó:

—¡Señor, señor, creí no encontraros en todo el día!

Beaumont se le quedó mirando un momento, y en seguida le dijo:

—¿Tú aquí, Luis?

—He venido solamente para comunicaros importantes noticias.

—Después me las darás, contestó rápidamente el Barón, que ahora voy á asistir á Thiery en sus últimos momentos.

Y esto diciendo el Barón entró en el templo con la comitiva, mientras que Luis de Armac, pues era él, quedóse grandemente asombrado de esta respuesta y de lo que veían sus ojos. Sin embargo, entró con los demás, pero murmurando en voz baja:

—¡Aquí unidos, y allí matando los de Thiery á los de Beaumont! ¿quién lo creyera?

Entre tanto habían entrado todos, y abriendo el Barón paso por entre la multitud, hizo que colocaran la silla en que llevaban á Augusto en sitio donde éste pudiera ver el Santo Sepulcro.

—Gracias, Dios mío, gracias por este insigne favor, exclamó Thiery sollozando. Y luego haciendo un esfuerzo supremo, púsose de rodillas, sostenido por dos de sus servidores, y quedó como extático entregado á fervorosa oración. Transformóse su semblante, su mirada adquirió un brillo desusado, y al cabo de un rato de muda contemplación, salió de ella y con voz tan clara, que cuantos á su lado estaban pudieron oírle, dijo:

—Señor mío Jesucristo, que por mí habéis sido muerto y sepultado en este sepulcro, sepultad en él mis culpas y pecados. Os pido perdón por todos, os ofrezco lo que me queda de vida y la sangre que he derramado en expiación de mis crímenes pasados, de las ofensas que os he hecho y de las que os hayan hecho mi padre y mi hermano. Perdonadles, Señor; perdonadme por

vuestros méritos infinitos y los de vuestra Madre santísima. Salvad á mi padre, salvadle...

Al llegar aquí Augusto no pudo continuar, trabósele la lengua, un sudor frío empezó á correr por su semblante, al mismo tiempo que gruesas lágrimas caían por sus mejillas. Los que estaban á su lado le cogieron y volvieron á sentar en la silla; el sacerdote empezó á recitar las oraciones por los agonizantes, y todos los demás se arrodillaron. Thiery con los ojos fijos en el Sepulcro parecía como abstraído completamente; su vida estaba concentrada en su mirada, como si quisiera atravesar la piedra y ver dentro de ella el Cuerpo del divino Redentor. Ni por un momento dejó de verse en su semblante la calma y serenidad celestial que le poseían, antes por el contrario, fueron aumentando á medida que las oraciones avanzaban. En medio de ellas exclamó: «¡Jesús mío, misericordia!» y dando un suspiro é inclinando la cabeza entregó el alma á Dios.

XI



DESPUÉS de cumplir Beaumont los últimos deberes que le imponían su amistad con Augusto de Thiery, es decir, después de acompañar su cadáver y dar las órdenes para que al día siguiente le enterraran, llamó á su tienda á Luis de Armac, sin sospechar siquiera el diluvio de malas nuevas que el valeroso paje le traía. Tal confianza tenía Beaumont en que nada malo podía ocurrir á su familia, que al ver á Luis sólo sospechó que la Baronesa, alarmada por alguna fatal nueva, le enviaba para enterarse de su salud ó para darle cuenta de algunos sucesos ocurridos en Beaumont, que fueran para Inés de momentánea importancia.

Quedóse, pues, confuso cuando al entrar Luis, dijo éste:

—¡Ay, señor, cuánto siento que día de tanta gloria haya de ser para vos de tanta pena!

—Pues ¿qué ha pasado? ¿qué traes? dijo el Barón alarmado.

—Mejor que yo os lo contarán estas cartas, y al decir esto dió Luis al Barón dos cartas, una de Inés y otra del Abad de Cleard. Naturalmente, Beaumont leyó primero la de su mujer, que escrita antes del asalto del castillo, se limitaba á contar la riña entre Luis y Martín y á manifestar vagos temores.

—No veo en lo que mi mujer me dice nada grave, murmuró al concluir su lectura; pero sin dar tiempo á que Luis le previniera que lo grave venía en la otra, empezó Beaumont á leerla.

Desde las primeras líneas mudósele el color



del rostro, y fué marcándose en él gradualmente primero el interés, luego el asombro y por último el espanto. Las impensadas nuevas del asalto de Beaumont y de la desaparición de su mujer é hijos le consternaron. «¡Hijos míos, pobres hijos míos!» murmuraba sollozando; y luego de aquellos sollozos exclamaba: «¡Ah, infame Conde! ¡ah, infame Conde! ¡cuánto más me valiera no haberos soltado nunca! ¡Oh, si vuestro hijo no hubiera muerto, muriérase de pena al saber vuestra conducta!»

Como si el recuerdo de Augusto ejerciera en el ánimo de Beaumont saludable y consoladora influencia, calmóse un tanto el vehemente dolor del Barón, secó sus lágrimas, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, exclamó como dirigiéndose al Conde:

—Prometí á Augusto perdonaros, y os perdono, pero volvedme mis hijos, volvedme mi mujer, que es lo único que amo en este mundo.

Beaumont cogió de nuevo la carta en que el Abad le daba cuenta del suceso, como para buscar en ella nuevos detalles ó motivos de esperanza, y en voz alta leyó lo siguiente:

«Ahora más que antes debéis dar muestras de vuestra confianza en Dios. Él os dió vuestros hijos, Él os los quita; Él solo podrá volvéroslos. Acudid á Él con confianza, ya que se los encomendasteis, y no os desesperéis por lo ocurrido. Quizás no sea sino una prueba que os manda para ejercitar vuestra conformidad, pero aun cuando el suceso fuera irremediable, que aún no lo es, llevadlo con aquella paciencia de que habéis dado tantas pruebas, y estad seguro de que conviene á la salvación de vuestra alma.»

—¡Oh sí, sí, Padre mío, tenéis razón! dijo el Barón al terminar este párrafo; justo es que sufra, justo que pague la pena de mis pecados. Me conformo con la divina voluntad, pero este cáliz es tan amargo, que si es posible, pido á Dios pase de mí.

Rudo era el golpe que Juan de Beaumont había recibido, porque le tocaba á lo que más estimaba en la tierra, pero no pudo abatirle ni desesperarle, porque, cual buen cristiano, más que todos los bienes de la tierra amaba el Barón los del cielo.

Así que poco á poco fué serenándose, y al cabo de un rato que gastó en orar, preguntó á Luis con voz sosegada si había presenciado el asalto del castillo.

—En él recibí esta herida, dijo el paje, mostrándole una cicatriz que en la parte izquierda de la frente, tenía, y en seguida le refirió cuanto él había visto y presenciado.

—De modo, le dijo el Barón, que cuando tú saliste, el castillo estaba ardiendo.

—Sí, señor.

—¿Y ni tú ni el Abad lograsteis saber lo que hizo el Conde con mi mujer y mis hijos?

—No, señor.

—Pues yo confío en que Dios los habrá salvado.

Luis miró asombrado al Barón, mas no se atrevió á decir nada que pudiera quitarle la esperanza que manifestaba.



—Vete á descansar, añadió el Barón, y despidiéndole con una mirada cariñosa, se entró en su tienda.

A la mañana siguiente, como si nada hubiese sucedido, asistió al entierro de Augusto de Thiercy, y procuró consolar á su gente de la pérdida que sufrían. No dejó entender á nadie los graves motivos de disgusto que el Conde acababa de darle, y siguió cuidando de los soldados de su amigo como de los suyos propios. Lo único que en aquel y en los siguientes días pudieron notar todos los cruzados, fué que Beaumont no tenía aquella jovialidad y alegría que otras veces, y que vivía más retirado que antes. Pasaba largos ratos en oración ante el Santo Sepulcro, visitaba todos los días la tumba de Augusto, y gastaba el resto del tiempo en buenas obras.

Los demás cruzados agitábanse grandemente, porque en aquellos días trataban de elegir rey, mas Beaumont no tomaba parte en las cuestiones. Sólo á los que le preguntaban su opinión les decía que el elegiría á Godofredo de Bouillon por el valor y esfuerzo que había demostrado. Elegido éste, llamó á Beaumont, á quien apreciaba mucho, y le dijo:

—Barón, la hora de las recompensas ha llegado; hombres como vos hacen falta en el reino que Dios me ha dado. Así que os ruego designéis el puesto que queréis en mi corte, y las posesiones del territorio conquistado que más os agraden.

—Señor, contestó Beaumont, aprecio vuestro favor en lo que vale, pero lejos de quedarme aquí, os pido licencia para volver á Francia en cuanto no sea necesaria mi espada, llamándome asuntos graves de familia, que si no de muy buena voluntad os sirviera.

—Pues por ahora no podréis ir, porque temo que antes de mucho vengan del Africa nuevos ejércitos de infieles con objeto de arrojar me de la Ciudad Santa.

—Esperaré hasta que los venzamos, respondió Beaumont, y después de besar la mano al nuevo Rey, salióse de su estancia.

—Si no fuera casado, dijo Godofredo á los que le rodeaban, creyera que Beaumont iba á hacerse monje.

A los pocos días de esta escena supose que un ejército fatimita venía á reconquistar á Jerusalén. Los cruzados en vez de esperarle dentro de las murallas resolvieron salir á su encuentro, y mandados por Godofredo y Pedro le presentaron batalla el 12 de Agosto, entre Ascalón y Jaffa.

Aquel día Beaumont recobró su antigua animación, peleando con un valor que á todos causó asombro, y guiando á sus soldados y á los de Thiercy á la victoria. Pero quien no cupó de gozo en aquel día fué Luis de Armac, que siguió por todas partes á su amo, y tuvo muchas ocasiones de mostrar prácticamente que había aprovechado las lecciones de Roldán.

(Se continuará).

Próximamente se pondrá en venta la interesante novela

MARICIELO

original de la distinguida escritora católica

Aurora Lista

Ilustraciones de Opisso.

Artística cubierta á dos tintas.

Precio: 0'50 pta. en rústica, y 1 pta. elegantemente encuadernada.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona



PATETA Ó LA TIENDA DEL DIABLO

Precio: 2 pesetas

Véndese en la Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

OBRA NUEVA.

Agotadas en breve tiempo numerosas ediciones de este precioso devocionario, dedicado al glorioso Taumaturgo, conocido vulgarmente con el nombre de el Santo de los milagros, se ha hecho otra, nuevamente corregida y ordenada, y está en venta al precio de 1 pta. ejemplar encuadernado en tela. Por correo, 10 cénts. más.

DEVOCIONARIO DE SAN ANTONIO

BIBLIOTECA LIGERA

para uso de todo el mundo, por D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

Se han reimpresso los opúsculos agotados, y pueden pedirse los números que se deseen, ó colecciones completas, que constan de 100 libritos distintos.—PRECIOS: Un ejemplar 6 cénts.; docena, 50 cénts.; centenar, 4 ptas.; 500, 8'75 ptas.; mil, 35 ptas.

Hállanse en venta en la Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

MÁQUINAS PARA COSER

y hacer calceta

Marca «ESTRELLA»

las más superiores

FRANCISCO FORTUNY

Hospital, 410 y 412, Barcelona

LOS TRECE MARTES Y OTRAS DEVOCIONES

en honor de

SAN ANTONIO DE PADUA

por el P. Fr. Mariano Fernández García, O. F. M.

DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO

Véndese á 4 real en esta Administración

Está impresa y próximo á darse á la venta el tomo IX de la importantísima obra:

PROPAGANDA CATÓLICA

Colección de los escritos del Director de la Revista Popular,

DR. D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

Contiene dicho tomo: Conversaciones de hoy sobre materias de siempre.

Precio: 4 ptas. en rústica, y 6 en encuadernado en tela y plancha dorada.

Librería y Tipografía Católica, Pino, n.º 5, Barcelona.

CASA FUNDADA EN 1850



ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS

Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA

HIJOS DE MIGUEL GUSI

DESPACHO: CALL, N.º 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas clases.—Casullas bordadas en oro y sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cingulos, Fiadores, Borlas y Flecos en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar, Merinos, Casimires, Anascotes, Estameñas para trajes talaes, Cálices, Custodias, Candelabros y demás artículos de metal en todas sus calidades, Imágenes de talla en todas clases.

INCIENSO

AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN
PARA LA IGLESIA,

DEL DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso
católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de 1/2 y 4 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

Vino de ostras del DR. SASTRE Y MARQUÉS. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

Esencia febrífuga del DR. SASTRE Y MARQUÉS. Excelente remedio contra toda clase de calenturas intermitentes.

Dr. Sastre y Marqués
Hospital, 109. — Barcelona

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Única Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA: FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona